Entre barajas y
Engaños
Valeriam Emar

ENTRE BARAJAS Y ENGAÑOS

Valeriam Émar

Título: Entre barajas y engaños

Serie: Los canallas de Mayfair

Copyright © 2024 Valeriam Émar

Primera edición

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, fotocopias o difusión a través de internet sin autorización previa del autor, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

SEGUIR EL LINK DE ABAJO PARA CONOCER MÁS OBRAS DE LA AUTORA

https://amzn.to/302RCnv

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
EPILOGO

PRÓLOGO

Bedford, Inglaterra, 1823

LADY ROSAMUND se vio obligada a interrumpir su paseo a caballo cuando sus sirvientes la alcanzaron para informarle que unos hombres habían irrumpido en su casa y estaban llevándose los muebles. Rápidamente, corrió hacia la mansión familiar. Apartó a las alborotadas gallinas que estaban en la entrada. Al ingresar a la casa, tuvo que hacerse a un lado para darle lugar a las personas que sacaban su lujoso sillón de la sala, seguido de los cuadros antiguos que adornaban las paredes.

—¡¿Qué demonios es todo eso?! —exclamó ella sin entender lo que estaba sucediendo—. ¿Qué están haciendo en mi casa? ¡Regresen esos muebles a su lugar!

Uno de los hombres dejó los candelabros de plata en el suelo por un momento y respondió apiadándose de ella:

—Solo estamos cumpliendo órdenes, milady.

—¿Órdenes? —repitió ceñuda—. ¿Órdenes de quién?

—Debería preguntárselo al barón Worthington, milady —contestó él, llevándose los candelabros de plata.

Lady Rosamund echó una ojeada a su alrededor buscando a su hermano Thomas, el nuevo barón Worthington. Al no verlo por ningún sitio, avanzó con pasos rápido hacia donde estaba el mayordomo, lo sujetó de la solapa de su chaqueta y gruñó:

—¿Dónde está Thomas?

El mayordomo tragó saliva y dijo en un tono nervioso:

—N-no lo sé, milady.

Lady Rosamund llamó a su hermano al verlo bajar por las espaleras principal. Él quiso correr al verla; su expresión estaba llena de culpa, y ella le exigió que ni se le ocurriera intentar huir.

—¿Qué significa todo esto, Thomas? —quiso saber—. ¿Por qué estás personas se están llevando nuestros muebles?

Lord Thomas bajó la vista, evitando mirar a su hermana a la cara.

—Rosa, tengo algo que confesarte… algo que temo que te dejará

muy molesta.

Rosamund arrugó el entrecejo, preocupada. Conocía la tendencia imprudente de su hermano y temía lo peor.

—¿A qué te refieres, Thomas? —preguntó despacio—. ¿Qué está pasando?

Su hermano se pasó una mano por el cabello y suspiró pesadamente.

—Lo siento, Rosa, pero he… he perdido la mansión en una partida de cartas.

Lady Rosamund se quedó paralizada por un momento, con los ojos abiertos en par en par mientras intenta asimilar la devastadora noticia.

—¡¿Has perdido la mansión?! —replicó atónita—. ¿Qué quieres decir con eso? —añadió con la voz apenas audible.

El barón le esquivó la mirada y se ocupó de sacudir los almohadones del único sofá que aún quedaba en la sala. Sus manos temblaban ligeramente; aunque intentaba mantener la compostura, era evidente que algo lo perturbaba. Y el corazón de ella latía cada vez más deprisa.

—He apostado imprudentemente nuestra propiedad familiar en el Club El Purgatorio —le confesó—. Sé que ha sido una apuesta desafortunada, y ahora… ahora nuestra residencia le pertenece a Cam Marclow.

¿Qué había sido una apuesta desafortunada? Lady Rosamund sintió como si el suelo se le hubiera caído bajo sus pies. Un torbellino de emociones la invadió: incredulidad, ira y una profunda sensación de traición. ¡Quería asesinar a su hermano! Nunca imaginó que su imprudencia pudiera llegar tan lejos.

—¡¿Qué has hecho, Thomas?! —gritó furiosa—. Esta casa ha estado en nuestra familia durante generaciones. ¡Ha sido nuestro hogar durante toda la vida!

¿Qué pasaría con la granja? ¿Qué pasaría con sus empleados? ¿De qué iban a vivir?

—Lo siento, Rosamund —repuso Thomas con evidente culpabilidad—. Ha sido un acto impulsivo, no pensé en las consecuencias que tendría al apostar nuestra casa. ¡Juro que pensé que ganaría esa partida de cartas! —farfulló—. Cam Marclow me engañó, él hizo trampa en la partida para quedarse con nuestras

tierras.

Lady Rosamund luchó para contener las lágrimas mientras la ira y la vergüenza la consumían.

—No puedo creer lo que has hecho —dijo con la voz entrecortada—. Has traicionado el honor de nuestra familia por tu amor al juego y las noches de clubes clandestinos. ¿Cómo pudiste ser tan imprudente?

—Lo sé, Rosamund, he sido un idiota y lo lamento profundamente —murmuró arrepentido—. Pero debes entender que, como el hombre a cargo de la familia, no puedo permitir que esta situación permanezca así. Haré todo lo que esté en mi poder para corregir mi error.

Ella miró a su hermano con incredulidad. Sus padres, su abuelo y todos sus ancestros deberían estar revolcándose en sus tumbas por lo que había hecho Thomas.

—Ya es demasiado tarde para eso, Thomas —murmuró con voz firme—. A partir de este momento, seré quien se haga cargo de esta situación. Juro que recuperaré lo que es nuestro y restauraré el honor de nuestra familia, cueste lo que cueste. Y el primero en pagar será Cam Marclow.

—¡Pero yo soy el barón, Rosa! ¡Mi deber es proteger a nuestra familia! —exclamó indignado.

—Tú no eres más que un muchacho tonto que nos has dejado en la calle —rugió ella—. Puedes ser el barón, pero yo soy tu hermana mayor —le recordó.

—Pero…

—Pero nada, Thomas. Tú ocúpate de cómo le diremos a nuestro personal que hemos perdido la granja en una apuesta de cartas.

Rosamund era tres años mayor que él. Thomas había heredado su título de barón a los diecinueve años, cuando su padre perdió la vida al atragantarse con un hueso de pollo. Su hermano no era más que un muchacho inmaduro, y era ella quien tomaba las decisiones en la granja. Se retiró del salón, decidida a vengarse de Cam Marclow, el hombre que le había arrebatado su hogar. Debía prepararse para enfrentar el desafío que se le avecinaba.

CAPÍTULO 1

Londres, Inglaterra, 1823

LADY ROSAMUND había abandonado la modesta posada donde se hospedaba con su hermano después de perder su hogar. Se había vestido con un traje oscuro que le había quitado a Thomas y un sombrero de alas anchas para ocultad su identidad y pasar desapercibida como un caballero. Luego se dirigió a las periferias de Londres, donde había averiguado que se hallaba el Club El Purgatorio. Subió a un coche de alquiler y le indicó al conducto a donde quería ir con una voz más grave de lo habitual.

El chofer la miró con el ceño arrugado.

—Ese no es un lugar para usted, jovencito —murmuró, evaluando su apariencia delgada y frágil.

Rosamund se reclinó en el asiento de cuero y respondió manteniendo su personaje:

—¿Por qué dice eso?

—Porque en ese lugar se lo comerán vivo, joven.

—Pero soy hábil con las cartas…

Y ella lo decía en serio. Siempre había sido una jugadora más hábil que su hermano; tal vez si hubiera estado a cargo aquella noche en esa mesa de póker, no habrían perdido su hogar. Pero lo recuperaría fuera como fuera.

—Por más que sea hábil con las cartas, dudo que lo dejen entrar, joven.

Lady Rosamund abrió grande los ojos. Que la tierra la tragara si no podía ingresar al club. Esa opción simplemente no estaba en sus planes.

—¿Existe alguna forma segura de que pueda entrar? —preguntó tímidamente.

—Podría ingresar por la puerta trasera del Club —contestó—. Pero para eso necesitaría conocer a alguien…

—¿Y usted no conoce a nadie? —se apresuró en decir.

—De hecho, sí… tengo un conocido.

—¿Podría hablar con ese conocido? —prácticamente le había implorado.

El chofer la miró de reojo y luego regresó la vista hacia las calles empedradas.

—Podría… pero debe saber que eso tendrá un costo, joven.

Lady Rosamund revoleó los ojos. El chofer había olido su desesperación y no le quedaba más remedio que aceptar. Asintió con la cabeza y el conductor continuó con el trayecto.

El cochero la llevó al Club El Purgatorio y habló con su conocido para que la dejara ingresa después de recibir algunos chelines. Ella se coló por la puerta trasera del club, sintiéndose nerviosa por lo que podía suceder, pero decidida a seguir con su plan. El lugar estaba oscuro y lleno de humo. Las risas y los susurros de los jugadores se entremezclaban con el tintineo de las fichas de juego. Era la primera vez que visitaba uno de esos lugares y todo le resultaba novedoso. Se adentró en el club, tratando de mezclarse con la multitud para pasar de desapercibida. Sin embargo, temía que sus movimientos torpes y poco naturales pudieran delatarla.

Buscó con la mirada algún indicio de la presencia de Cam Marclow. Aunque nunca lo había conocido en persona, había recopilado información sobre él en la posada donde se hospedaba. Cam Marclow era hermano del marqués Marclow y provenía de una distinguida familia inglesa. Él era conocido por su carácter fuerte y por ser miembro de un grupo de sinvergüenzas conocidos como los canallas de Mayfair. Según la descripción de Thomas, era un hombre delgado, de estatura promedio y que estaba empezando a quedarse calvo. También le había advertido sobre su rudeza al hablar. ¿Qué más podía esperar de alguien que dirigía ese tipo de establecimientos?

Lady Rosamund debía encontrar a Cam Marclow cuanto antes y recuperar lo que le pertenecía.

—¿Qué hace un jovenzuelo como tú en un sitio como este? —preguntó una de las cortesanas que rondaban en el club—. ¿Tal vez buscas experimentar cosas nuevas?

Lady Rosamund se quedó paralizada por unos segundos. Nunca antes una mujer se le había acercado de esa manera. Nunca antes se había hecho pasar por un muchacho y no sabía qué responder.

—Eh… yo… eh…

—No debes incomodar a nuestros clientes, Sheila —farfulló una voz gruesa y llena de autoridad a sus espaldas.

La cortesana soltó una risotada.

—Solo nos estábamos divirtiendo, Cam, ¿verdad que sí, muchacho?

¿Cam? ¿Acaso él era…? Lady Rosamund se volteó de golpe. Ella se topó con un elegante hombre de intensa mirada que sonreía, mostrando su blanca dentadura. Él era alto, de contextura atlética y con una abundante cabellera peinada prolijamente hacia atrás. Su rostro parecía haber sido tallado por los mismos dioses.

—¿Eso es cierto, muchacho? —preguntó Cam.

Las mejillas de Lady Rosamund se tiñeron de rosado, emoción que fue detectada por Cam, quien de inmediato mandó a la cortesana a atender a otro cliente para que la dejara tranquila.

—¿Y quién eres tú, muchacho, que parece estar tan perdido en mi club? —preguntó lord Marclow.

—¿Usted es Cam Marclow? —consultó con cuidado.

Él se acomodó relajadamente las mangas de su chaqueta y asintió.

El corazón de Lady Rosamund saltó en su pecho al tener a lord Marclow frente a ella. Trató de mantener la compostura a pesar de la sorpresa.

—Me llamo... Robert. Robert Davies —se presentó lady Rosamund con voz forzada—. Estoy aquí para... para participar en una partida de cartas.

Cam Marclow la examinó con una mezcla de curiosidad y diversión.

—¿Una partida de cartas, dice? —repitió con una sonrisa de medio lado—. No pareces el tipo de hombre que frecuenta el Club El purgatorio. Pero quién soy yo para negarle la entrada a un potencial cliente.

Cam Marclow le hizo un gesto con la barbilla hacia la mesa de juego más cercana. Lady Rosamund lo siguió con cautela, sintiéndose expuesta bajo su mirada penetrante. «Mantén la calma, Rosamund», se dijo a sí misma. No podía permitir que la descubrieran. Y mucho menos ahora, cuando había hallado al sinvergüenza que había estafado a su hermano.

CAPÍTULO 2

ROSAMUND se sentó en la mesa redonda frente a otros jugadores, tratando desesperadamente de ocultar su nerviosismo. Cruzó las piernas por debajo de la mesa para apaciguar los tembleques y se aseguró de que su disfraz de Robert Davies siguiera intacto. Estudió a los otros jugadores que la acompañaban y creyó que no eran ninguna amenaza para ella. Sin embargo, su mente estaba en otra parte, centrada en el desafío que tenía por delante: enfrentarse a lord Marclow y recuperar lo que le pertenecía.

Enderezó los hombros y se sentó con confianza a la mesa de póker. Su abuelo siempre le repetía que tenía manos hábiles para las cartas. Adoptó una mirada perspicaz que revelaba su destreza en el juego. A medida que avanzaba la partida, su ojo se agudizaba, y con habilidad estratégica, comenzó a superar a sus oponentes uno por uno. Finalmente, había llegado el momento decisivo cuando enfrentó a Cam Marclow en una mano crucial. Su corazón le latía a toda prisa. Solo deseaba quitarle esa sonrisa burlona de su rostro. No permitiría que le hiciera trampa en la partida como lo había hecho con su hermano Thomas.

—Mi turno, caballeros —dijo lady Rosamund con una calma fingida—. Espero que estén preparados para perder.

Lady Rosamund apostó con audacia, poniendo en el centro de la mesa todos los chelines que llevaba consigo, y desafió a lord Marclow con una mirada penetrante al enseñarle sus impecables cartas.

Cam Marclow levantó una ceja.

—Interesante... muy interesante, señor Davies —repuso impresionado—. Parece que tiene más habilidades de lo que inicialmente pensé.

Lady Rosamund mantuvo una expresión imperturbable, ocultando la emoción que sentía dentro de ella mientras espera la respuesta de Cam. Habían logrado llamar la atención de los demás jugadores que se hallaban en la sala. Se podían oír los latidos de los corazones ante la incertidumbre del juego. Cada carta revelada era un paso más hacia la victoria.

—Creo que esta partida le pertenece, señor Davies. Mis felicitaciones —dijo Cam, enseñando su mano sorprendido.

El resto de jugadores de la mesa contemplaban con asombro cómo Lady Rosamund desplegaba su mano: una combinación imbatible de diamantes que le otorgaban la victoria. Lord Marclow, aunque atónito, no mostraba señales de decepción, sino más bien admiración.

—Debo admitir que estoy impresionado, señor Davies —comentó Cam, chasqueando la lengua—. Parece que subestimé sus habilidades. Pero la pregunta es, ¿cómo una persona tan talentosa como usted terminó aquí, en el Club El Purgatorio?

Manteniendo su fachada de un joven afortunado, lady Rosamund sonrió enigmáticamente, sin todavía revelar sus verdaderos motivos, dijo con un tono misterioso:

—Ah, eso es un secreto que prefiero mantener por ahora, lord Marclow. Solo diré que estoy aquí para ganar —agregó en un tono firme, con un mensaje de trasfondo que por el momento solo ella comprendía.

Lady Rosamund se llenó de confianza tras la victoria de su primer encuentro con lord Marclow. Todo estaba siendo más sencillo de lo que había imaginado. Su disfraz de Robert Davies estaba dando resultados, y agradeció que Cam no fuera tan astuto como lo habían descripto. De hecho, hasta había sido fácil engañarlo. Su misión de venganza seguía adelante sin complicaciones, y sus nervios habían desaparecido. Sin embargo, eso no significaba que debía bajar la guardia. Primero debía ganarse la confianza de Cam para luego recuperar la escritura de la casa que había pertenecido a su familia por generaciones.

Después de la partida de póker, mientras el resto de los jugadores se dispersaban, Cam Marclow se acercó discretamente a Lady Rosamund. La expresión del rostro de él revelaba un destello de intriga.

—Señor Davies, me gustaría hablar con usted en privado —murmuró Cam con voz baja—. ¿Le importaría acompañarme a mi despacho?

Lady Rosamund se sorprendió ligeramente por la solicitud de lord Marclow, pero ocultó su sorpresa tras una máscara de indiferencia. Sus nervios habían vuelto a resurgir. Ella se aseguró de que su disfraz estuviera impecable y respondió con la voz más grave que salía de su garganta:

—Por supuesto, lord Marclow. Será un placer.

Ambos atravesaron la sala de juego y se dirigieron hacia el despacho de Cam, una habitación elegante y opulenta que contrastaba con el ambiente oscuro y ahumado del Club El Purgatorio. Una vez dentro, lord Marclow cerró la puerta con un clic y mantuvo su mirada fija en Lady Rosamund con un brillo de complicidad.

—Me temo que debo confesarle algo, señor Davies —se acercó a la licorera y se sirvió una copa de brandy—. He descubierto su pequeño secreto —musitó con una sonrisa traviesa en los labios.

De pronto, Lady Rosamund vio arder su pequeño mundo de mentiras. Se tensó ligeramente, pero mantuvo su compostura, preparada para cualquier eventualidad. Miró cuan cerca estaba de la ventana por si debía arrojarse si era necesario.

—No sé a qué se refieres, lord Marclow —se mantuvo en su papel—. Soy simplemente un caballero que disfruta de una partida de cartas ocasional.

Cam se acercó lentamente a Lady Rosamund, dejando sus narices a pocos centímetros de su rostro. Ella tragó saliva. La presencia de él era imponente, hacía que la espaciosa habitación pareciera un pequeño cubículo. Lo miró a los ojos y se dio cuenta de que había sido un grave error. Un destello celeste hizo que su pulso se acelerara y tuvo que contener la respiración.

—No se haga el inocente conmigo, señor Davies —dijo, bebiendo un sorbo de brandy—. Sé muy bien que no eres quien dices ser —dio un paso atrás y la estudió con la mirada—. Eres una mujer, y una muy hábil jugadora de cartas, debo decir —agregó Marclow con una mueca burlona.

Lady Rosamund sintió un escalofrío recorrer su espalda al darse cuenta de que ha sido descubierta. De igual modo, se negó a mostrar debilidad ante lord Marclow, el hombre que había estafado a su hermano Thomas para quitarle su hogar. A pesar de que él podía ser más grande, más fuerte y más adinerado, y que con un chasquido podía hacer que la arrojaran a las oscuridades del Támesis, por ningún motivo se dejaría doblegar por él.

—¿Y qué si lo soy? —replicó, manteniendo una postura firme—. ¿Qué tiene planeado hacer al respecto, lord Marclow?

CAPÍTULO 3

EN EL DESPACHO de Cam Marclow, la tensión se palpaba en el aire. Tanto él como lady Rosamund no daban el brazo a torcer, cada uno con sus propias cartas guardadas. Reconocía que la muchacha, fuera quien fuera, tenía agallas. Apenas la había visto en el club, había detectado la delicadeza de sus movimientos y el contorneo de su caminar. Le había resultado divertido ver hasta dónde podía llegar la muchacha, y realmente había quedado sorprendido por su habilidad en las cartas. Sin embargo, como hombre de su posición, dueño de un selecto e importante club y con varios enemigos a sus espaldas, no podía confiar en nadie. Sus enemigos podían haber enviado a la joven como espía.

—Bien, señor Davies, es hora de que revele su verdadera identidad y el propósito de su visita a mi club —dijo Cam sin rodeos y en un tono serio—. Y espero escuchar la verdad, porque no le haré la misma pregunta dos veces —le advirtió.

Para su sorpresa, la joven no parecía haberse asustado ante su amenaza. De hecho, había adoptado una actitud combativa, aunque en el fondo era consciente de la delicada situación en la que se encontraba.

—Muy bien, lord Marclow —murmuró la misteriosa joven—. Mi nombre es Lady Rosamund Worthington —se reveló—, y he venido hasta aquí con un propósito claro. Mi hermano, lord Thomas Worthington, ha perdido nuestra casa en una apuesta en este club. Y sé que usted, milord, ha hecho trampa en esa partida para asegurarse de ganar.

Cam arrugó el entrecejo. No recordaba que ningún lord Thomas Worthington hubiera pisado su club. La confesión de Lady Rosamund lo tomó por sorpresa. La estudió detenidamente con la mirada para descubrir si era otra de sus tretas, pero ella se veía tan compungida que algo en su interior le decía que le estaba diciendo la verdad. Aunque también ella podía ser una gran actriz. Pero él tenía una cosa bien en claro: ¡nunca hacía trampa en el juego!

—Interesante —masculló Cam—. ¿Y qué le hace pensar que yo he tenido algo que ver con lo que le ha sucedido a su hermano, milady?

Lady Rosamund alzó la barbilla y sostuvo la mirada de Cam, sus

ojos brillaban con un fuego desafiante.

—Porque sé que es el dueño de este club y que tiene la capacidad de manipular cualquier partida a su favor —explayó, su voz tintineaba con indignación—. No permitiré que se salga con la suya, lord Marclow. Estoy aquí para recuperar lo que es mío y para exponer sus trampas ante todos.

Lord Marclow contempló a Lady Rosamund, impresionado por su valentía. Ni siquiera sus amigos más íntimos tenían el descaro de enfrentarlo de esa forma. En lugar de enfadarse por semejantes acusaciones, sintió la necesidad de defenderse. Quería evitar que ella lo viera como un monstruo. Después de un breve silencio, habló con una voz que resonaba autoridad y confianza:

—Lady Rosamund, puedo asegurarle que no he tenido conocimiento de ninguna trampa en esa partida. De hecho, estoy casi seguro de que no conozco a su hermano —siguió—. Pero estoy dispuesto a ayudarla a resolver ese asunto de manera justa, si usted me lo permite, milady.

Lady Rosamund se cruzó de brazos, su mirada encontrándose con la suya, y por un instante, pudo percibir en ella una chispa de desafío.

—¿Y qué es lo que propone, lord Marclow? —preguntó con cautela.

Cam se acercó a su escritorio con una actitud de poder. Se dejó caer en una esquina, extendiendo sus largas piernas hacia delante y cruzándolas en los tobillos con una despreocupada elegancia.

—Propongo que trabajemos juntos para descubrir la verdad detrás de esta situación —declaró en un tono persuasivo—. Si hubo alguna trampa en esa partida, me comprometo a hacer todo lo posible por corregir esa injusticia. Pero para lograrlo, necesitaré su colaboración, Lady Rosamund. Necesitaré más información sobre lo ocurrido en aquel día —solicitó—. Le doy mi palabra de que yo no estafé a su hermano.

Lady Rosamund meditó en silencio su propuesta por unos segundos y respondió:

—Muy bien, lord Marclow. Estoy dispuesta a trabajar con usted —aceptó—. Pero tenga en cuenta que estaré vigilándolo de cerca. Todavía no confío en que me esté diciendo la verdad.

—Tampoco confío ciegamente en usted, milady —replicó Cam.

—Yo solo pretendo recuperar mi hogar —se defendió ella.

—Y yo solo quiero saber quién está manchando el nombre de mi club.

—Mi hermano fue claro cuando dijo que usted había hecho trampa en la partida de póker —explayó lady Rosamund en un tono acusador—. Y Thomas puede tener muchos defectos, pero no es un ningún mentiroso.

Él se inclinó hacia ella con los ojos entornados y una sonrisa irónica.

—Siempre hay una primera vez, milady —replicó, suavizando el ambiente con un toque de sarcasmo.

CAPÍTULO 4

TODAVÍA Cam tenía sus dudas acerca de si la historia de Lady Rosamund era cierta o si ella era una excelente actriz. Pero sabía una cosa: era mejor mantener cerca a sus enemigos. Se aproximó a la joven disfrazada de Robert Davies, consciente de que debía tener precaución para no dejarse llevar por esos enormes ojos cafés y sus rasgos delicados. Se sentó a su lado y tomó suavemente una de sus manos entre las suyas. Pero pronto se dio cuenta de que había sido un grave error. El tacto con esas pequeñas manos hizo que su pulso comenzara a acelerarse. Él la soltó y trató de recobrar la compostura. Se aclaró la garganta y dijo:

—Me ha dicho que usted y su hermano se han quedado sin hogar, ¿eso es así?

Lady Rosamund afirmó con la cabeza.

—Hemos perdido la casa que le ha pertenecido a mi familia por generaciones —expresó—. Mir hermano es el barón Worthington. Él se ha convertido en un barón sin propiedad, ¿ahora comprende la gravedad del asunto, milord?

Cam dejó escapar un suspiro teatral.

—Oh, vaya, una tragedia digna de Shakespeare —respondió, exagerando un poco y llevándose una mano al pecho—. ¿Una dama y un barón sin hogar? ¿Cómo es posible que algo como eso haya sucedido? —añadió con una sonrisa burlona

Él pensaba que su hermano Thomas era un completo imbécil por apostar su casa y dejar a su hermana en una situación tan lamentable.

—¿Dónde se está hospedando usted y su hermano, milady?

—Nos estamos hospedando en una modesta posada en las afuera de la ciudad —respondió ella en un tono avergonzado—. No queremos preocupar a nuestra familia o amigos con nuestra situación; esto es solo momentáneo. Pronto recuperaremos nuestro hogar —añadió, aunque sus ojos reflejaban una profunda preocupación.

Le gustaba el optimismo que ella tenía a pesar de todo.

—Lady Rosamund, comprendo que mi oferta pueda parecer inesperada después de nuestra discusión, pero me gustaría ofrecerle mi hogar temporalmente mientras resolvemos este malentendido —dijo con amabilidad—. Tendrá todas las comodidades que necesite durante su estancia.

Lady Rosamund parecía sorprendida con su oferta. De hecho, había conseguido dejarla sin palabras.

—Lord Marclow, agradezco su ofrecimiento, pero debo admitir que tengo mis dudas sobre sus verdaderas intenciones —murmuró dejando entrever su desconfianza—. Hasta hace solo un momento, creía que usted había estafado a mi hermano.

En su vida, había encontrado a pocas personas que se atrevieran a contradecirlo. Lady Rosamund no tenía pelos en la lengua y, al parecer, le gustaba ser directa. Aunque albergaba dudas sobre quién era ella en realidad, algo en su interior le decía que podía confiar en ella.

—Quiero que sepa, milady, que mi única intención es ayudarla a resolver este malentendido de la mejor manera posible —y lo decía en serio. Debía descubrir quién estaba manchando su reputación—. Estoy comprometido a hacer lo correcto.

Ella lo miraba todavía con desconfianza, lo que lo llevó a agregar:

—Mi oferta también se extiende a su hermano, lord Thomas. Creo que juntos nos será más fácil hallar a los responsables.

Lady Rosamund relajó los hombros.

—¿Thomas podría acompañarme? —repitió para asegurarse de que había oído bien.

—Los dos serán bienvenidos en mi hogar.

Como imaginó, lady Rosamund no era de esas damiselas tontas y temerosas; más bien, era una joven de acción e inteligente. Sabía que necesitaban un lugar seguro donde quedarse mientras resolvían el problema, y aceptó su oferta.

—Eso significa mucho para nosotros, milord —agradeció—. Nos quedaremos en su hogar hasta que se resuelva este asunto. Pero asegúrese de que no seamos una carga para usted.

—No se preocupe por eso, Lady Rosamund —repuso, con una sonrisa tranquilizadora—. Estoy aquí para ayudar en cualquier forma que pueda. Ahora, si me disculpa, organizaré todo para su llegada a mi hogar.

Cam se levantó de su asiento y se dirigió a la puerta de una zancada, pero antes de tomar el pomo de porcelana, se detuvo y giró la cabeza hacia ella.

—Permítame llamar a mi chofer para que la lleve de regreso a su

posada, milady —le propuso.

Ella abrió grande los ojos.

—Oh, no se moleste, lord Marclow. Ya tengo a mi propio chofer esperándome …

—Pero, ¿no preferiría evitar cualquier escándalo saliendo discretamente del club? —insistió Cam.

Lady Rosamund apretó los labios y le lanzó una mirada desafiante.

—¿Un caballero preocupado por mi reputación? Qué inusual —replicó con ironía.

—Oh, no se equivoque, milady. No es su reputación la que me preocupa, es el impacto que tendría en la mía si se supiera que permití que una dama tan encantadora como usted se fuera sola a casa —respondió con una sonrisa traviesa.

Los dos compartieron una mirada llena de tensión. Había conseguido que las mejillas de ella se sonrojaran.

—Mandaré a unos de mis hombres para que le avise cuando mi chofer esté listo para llevarla de regreso a su posada —anunció—. Pero por ningún motivo se mueva de esta habitación.

Cam había descubierto su disfraz y sabía que, al igual que él, algún cliente astuto también podría hacerlo, y ella no podría correr con la misma suerte. El club El Purgatorio admitía a clientes adinerados, pero ellos no se ocupaban de chequear su reputación.

—Le he dicho que tengo un chofer esper…

Ignorando sus protestas, Cam salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí. Escuchó las maldiciones que escapaban de los labios de la dama cuando la dejó sola, lo que solo aumentó su sonrisa traviesa.

—¿Algún problema, milord? —preguntó Peter, su empleado, quien se encargaba de desarmar los disturbios en el club—. Me han dicho que se ha llevado a un jovenzuelo a su despacho, ¿debo encargarme de él?

—No, Peter, del muchacho ya me he ocupado yo —contestó—. Necesito la libreta con los nombres de los clientes que han visitado el club en las últimas semanas —le pidió.

Peter, que había sido boxeador de más joven y que tuvo que dejarlo cuando su pierna izquierda había quedado lesionada, lo miró con curiosidad. No era común que él se ocupara de las visitas en el club, solo lo hacía en ocasiones especiales; y esa era una ocasión especial.

—Se la llevaré en un momento, milord. ¿Puedo ayudarlo con algo?

—¿Sabes si un tal lord Thomas Worthington nos ha estado visitado en el club? —preguntó Cam, con un deje de urgencia en su voz.

—¿Lord Thomas Worthington? —repitió Peter, frunciendo el ceño—. No recuerdo haber escuchado ese nombre por aquí.

—Necesito que busques información sobre Lord Worthington. Quiero conocer sus conexiones, deudas pendientes, cualquier problema legal que haya tenido... Necesito todo lo que puedas encontrar —ordenó Cam.

—Hablaré con mis hombres, milord. Descubriremos todo lo que podamos sobre él. ¿Ha surgido un nuevo enemigo? —preguntó Peter, notando la seriedad de su tono.

Cam se llevó las manos a las caderas y dejó escapar un suspiro cansado.

—Todavía no lo sé, Peter. Todavía no lo sé —respondió con franqueza.

Siempre había vivido a la sombra de su hermano mayor, el Marqués Marclow. Había luchado con ahínco para labrarse su propio camino y ganarse el respeto que tenía. No permitiría que nadie manchara su nombre ni su reputación.

—Dile a mi chofer que lleve al joven que está en mi despacho de regreso a su casa —ordenó, y luego añadió al notar la expresión inquisitiva de Peter—: No hagas preguntas, solo hazlo.

CAPÍTULO 5

EL CHOFER de Lord Marclow los aguardaba en la entrada de la posada donde se alojaban, listo para llevarlos a Mayfair, a la casa de su jefe. Lady Rosamund se recostó en el asiento, con las manos en el regazo. Aunque aceptaba la oferta de hospedaje de Cam, aún albergaba dudas sobre sus verdaderas intenciones. Sabía que debía mantenerse alerta; después de todo, estaba tratando con un hombre peligroso cuyas verdaderas intenciones eran un misterio. No podía permitirse bajar la guardia.

—Sigo pensando que esta es una pésima idea, Rosa —farfulló su hermano Thomas—. ¿Cómo podemos hospedarnos en la casa del hombre que robó nuestro hogar?

—Él dice que no ha sido —lo excusó lady Rosamund.

Y cuando Thomas tuviera a lord Marclow frente a frente, se descubriría si Cam estaba mintiendo o no.

—¡Por supuesto que él no lo admitirá! —chilló el barón—. Pero no te preocupes, Rosa, haré que el pagué por lo que nos hizo —agregó, ensenándole lo que escondía en el bolsillo interno de su levita.

Lady Rosamund abrió grande sus ojos marrones.

—¿Qué demonios haces con esa arma, Thomas?

—¿Tú que crees? Estamos yendo a la boca del lobo, y haré todo lo que esté a mi alcance para defendernos. Y no trates de detenerme, Rosa, tú nos ha metido en este lío.

Ella no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Qué yo inicié esto? —repitió furiosa—. ¡Tú imprudencia nos ha llevado a esta situación, Thomas!

Su hermano puso los ojos en blanco restándole importancia a sus quejas. De pronto, el coche se detuvo delante de un elegante edificio georgiano de ladrillo rojo, con una fachada imponente y refinada. La entrada principal estaba enmarcada por columnas corintias, y la puerta de madera noble estaba tallada con detalles florares. El chofer les abrió la puerta y les anunció que habían llegado.

Bajaron del carruaje y fueron recibidos por un mayordomo elegantemente vestido que los aguardaba en la entrada.

—Bienvenidos a la residencia de Lord Marclow, mi nombre es Jenkins —murmuró el mayordomo, inclinando la cabeza con cortesía —. Por favor, pasen.

—Gracias, Jenkins —respondió lady Rosamund mientras subía la escalinata de la entrada.

Al ingresar a la residencia, se encontraron con un amplio vestíbulo revestido de mármol, donde una impresionante escalera principal se elevaba hacia los pisos superiores. El vestíbulo estaba iluminado por una magnífica araña de cristal que colgaba del alto techo.

—Lord Marclow los está esperando en la sala —les informó el mayordomo, guiándolos hacia la habitación contigua.

La decoración de la sala era lujosa, con muebles imponentes y tapicerías lujosas que brindaban un aire de distinción. Las cortinas de seda pesada añadían un toque de elegancia, mientras que los grandes ventanales dejaban entrar la luz natural y ofrecían vistas pintorescas de las calles de Mayfair.

—Sus invitados, milord —le avisó el mayordomo.

Cam, que miraba hacia la calle a través de los ventanales, se giró hacia ellos.

—Lady Rosamund, barón Worthington —los recibió con una inclinación de cabeza—. Son bienvenidos en mi casa.

Lord Thomas frunció el ceño cuando lo vio.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó el barón con escepticismo.

—Él es Cam Marclow —respondió lady Rosamund por él—. El dueño del club El Purgatorio.

—¡Eso es imposible! —exclamó Thomas, con incredulidad—. Conocí a otro individuo que se hacía llamar Cam en el club al que me llevaron. Además, ese mismo hombre fue quien me hizo trampa en una partida de cartas para quedarse con nuestra propiedad. ¡Cómo he podido ser tan idiota!

Lady Rosamund apoyó una mano en el brazo de su hermano y desafió a Cam con una mirada intensa.

—¿Dices que no has visto a este hombre en tu vida, Thomas? —inquirió.

El barón asintió, confirmando que Cam no era el individuo que

le había hecho trampa en la partida de cartas.

Con una sonrisa de triunfo bailando en sus labios, Cam no pudo contenerse y lanzó una réplica.

—¿Ahora me cree, milady? —preguntó con soberbia.

Ella elevó la barbilla con altanería, pero no pudo evitar sentir una leve atracción por la insolencia de Cam.

—Parece que usted decía la verdad, milord —concedió, sus labios curvándose en una sonrisa que desafiaba a la suya

Cam rodeó el sofá de la sala y tomó asiento, luego convidó a sus invitados a que hicieran lo mismo.

—Indudablemente, esto es sumamente preocupante —manifestó lord Marclow—. No tenía la menor idea de que alguien estuviera haciéndose pasar por mí ni de que se estuvieran llevando a cabo actos tan deshonestos en mi nombre.

—Parece que hay más en esta situación de lo que pensábamos, lord Marclow —agregó lady Rosamund, preocupada.

—Tendremos que investigar esto de inmediato —afirmó él—. Por favor, lord Worthington, empiece a contarme cada detalle de lo que sucedió aquella noche, las personas con las que se cruzó y qué fue lo que le dijeron.

Thomas asintió con la cabeza y comenzó a retarle todos los hechos.

Después de que Thomas le relatara a Cam todo lo que sabía del impostor, él comenzó a formular sus sospechas.

—No puedo imaginar quién podría estar detrás de todo esto, pero tengo una ligera sospecha —empezó diciendo Cam—. Existe un ex empleado, un hombre que fue despedido por malversación hace algunos meses. Si alguien estuviera buscando venganza o tratando de usurpar mi identidad, él sería el candidato más probable. Las cosas no terminaron en buenos términos.

—Esa es una teoría plausible, milord —expresó lady Rosamund —. Pero necesitaremos pruebas para confirmar nuestras sospechas antes de tomar medidas.

—Conseguir pruebas no será nada fácil. Cuando me llevaron al club, los individuos que me trasladaron me cubrieron la cabeza —

intervino Thomas—. No pude ver quiénes eran ni hacia dónde me dirigían. Pero recuerdo claramente que mencionaron seguir órdenes de alguien más.

Cam soltó un juramento en voz baja.

—Me pregunto cuántas personas más habrán sido estafadas en mi nombre.

—Lo importante es que ahora está al tanto de lo que está sucediendo, milord—dijo ella para tranquilizarlo.

—Eso es cierto, milady —reconoció Cam—. Parece que estamos avanzando en la dirección correcta. Necesitaremos más información para atrapar a este impostor y poner fin a sus maquinaciones.

Lady Rosamund y el barón estuvieron de acuerdo, eran conscientes de que debían trabajar juntos para desenmascarar al impostor y recuperar su propiedad.

—Entonces, ¿cuál será nuestro próximo paso, lord Marclow? —preguntó lady Rosamund.

Por un momento, lady Rosamund temió que Cam no la considerara parte de su plan para atrapar al impostor, quizás por el simple hecho de ser mujer, pero hubo algo que sucedió en él que hizo que cambiara de parecer y accedió a incluirla.

—Deberíamos comenzar investigando a este ex empleado y cualquier conexión que el impostor pueda tener —prosiguió—. Además, necesitaremos encontrar una manera de recuperar su propiedad, Lady Rosamund. No permitiremos que esta injusticia continúe.

Ella se lo agradeció. Y todas las armaduras que se había puesto antes de llegar para protegerse de él, empezaron a desaparecer.

CAPÍTULO 6

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Cam Marclow golpeó el techo de su carruaje con el pomo de plata, indicándole al conductor que se detuviera. El chofer estacionó el coche en la entrada de la residencia de su buen amigo el vizconde Devontrille. La casa del Vizconde se alzaba majestuosa entre los árboles, su estructura daba una sensación de autoridad y prestigio. Lord Devontrille trabajaba como agente encubierto para la corona, ¿y quién mejor que él para ayudarlo a atrapar al impostor que había usurpado su identidad?

El mayordomo lo recibió y lo guió hacia el despacho del vizconde. Al entrar, Cam encontró a lord Devontrille absorto en papeles que cubrían su escritorio.

—Cam, qué sorpresa verte por aquí —saludó el vizconde, levantando la vista—. ¿A qué debo el honor de tu visita?

Cam se despojó del sombrero y lo colgó en el perchero antes de avanzar.

—Necesito tu ayuda en un asunto urgente y delicado, Devon —respondió. Se acercó a la licorera y se sirvió un generoso trago de brandy—. Creo que uno de mis ex empleados está utilizando mi identidad para estafar, y necesito localizarlo antes de que cause más daño.

—Lo que estás diciendo es un asunto grave, Cam —murmuró el vizconde, ceñudo.

Lord Marclow bebió un largo sorbo de brandy y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Lo sé, Devon, por eso he venido a buscarte. Eres el único que puede ayudarme.

—Haré todo lo que esté a mi alcance —repuso—. Retrasaré mi viaje programado a Bath.

—Te lo agradezco, mi buen amigo —Lord Marclow se sirvió otra medida de brandy y luego vertió bebida en otro vaso, llevándoselo al vizconde—. Estaré en deuda contigo. Espero que tu dama no se enfade con el retraso de tu viaje a Bath.

—No existe ninguna dama, solo hay otro caso que debo resolver en Bath —aclaró lord Devontrille.

El vizconde estaba atrapado en un compromiso arreglado por su familia, esperando pacientemente a que la joven cumpliera una edad adecuada para casarse. Mientras tanto, él disfrutaba de su soltería sin el acecho de ninguna madre casamentera.

—Cuéntame más sobre este ex empleado y todo lo que sabes de sus actividades —le pidió el vizconde.

Cam procedió a explicarle detalladamente sus sospechas y las circunstancias que rodeaban el uso indebido de su identidad, mientras el Vizconde escucha atentamente, asimilando la información. También compartió con él lo sucedido con el hermano de lady Rosamund.

—¿Y confías en esas personas, Cam? —preguntó el vizconde—. ¿Crees que ellos te están diciendo la verdad?

—La joven parece sincera cuando habla; hay algo en ella que me dice que debo confiar. Sin embargo, he enviado a algunos de mis hombres para investigar a su familia —le confesó Cam.

Devon entornó los párpados.

—La muchacha es hermosa, ¿verdad? —comentó con un toque de complicidad.

—Es como un ángel caído del cielo —admitió Cam con un gesto irónico.

Lord Devontrille sacudió la cabeza antes de beber un trago de brandy.

—Entonces, con más razón debes moverte con cuidado, Cam —le aconsejó con seriedad—. Tal vez tengas a tu enemigo durmiendo bajo tu mismo techo.

—Sería un privilegio si la joven decidiera visitar mi alcoba al anochecer —bromeó con una sonrisa traviesa—. Hasta podría considerar que moriría en paz si lady Rosamund fuese una asesina.

—No digas eso ni en broma —se quejó Devon—. Haré todo lo posible para ayudarte, Cam. Tengo contactos en varios círculos que podrían ser útiles en la búsqueda de esta persona. Déjame investigar y ver qué puedo descubrir.

—Tu ayuda sería invaluable en estos momentos —expresó Cam con sinceridad.

—Los amigos están para ayudarse mutuamente —respondió con una sonrisa—. Mantente en contacto y te informaré de cualquier novedad.

Cam estrechó la mano con el vizconde y se despidió. Se sintió esperanzado al saber que contaba con el respaldo de un aliado tan poderoso en su lucha por desenmascarar al impostor y restaurar su nombre. Consciente de los numerosos enemigos que había acumulado en los últimos años, sabía que la búsqueda no sería fácil.

..

CAPÍTULO 7

LADY ROSAMUND aprovechó la mañana mientras su hermano dormía profundamente y Lord Marclow se había ido antes de que ella se despertara, para llevar a cabo sus investigaciones sobre el ex empleado de Cam por su cuenta. Se dirigió a las tabernas cercanas al club El Purgatorio y notó el respeto que la gente le tenía a Cam; nadie estaba dispuesto a darle información, sin importar cuánto dinero ofreciera a cambio. Suspiró, no había tenido mucha suerte con sus averiguaciones.

Al regresar a la residencia de Cam, el mayordomo le informó que la marquesa Marclow se encontraba en la sala. Su primer impulso había sido tratar de esconderse; nunca antes había tratado con una marquesa. La persona más importante que había recibido en su casa había sido el nuevo pastor de su pueblo. Sus padres no habían sido muy amigos de las reglas y etiquetas, así que ella sabía muy pocas cosas sobre ello.

—¿Debo… debo ir a saludarla, Jenkins? —le consultó.

El mayordomo le brindó una cálida sonrisa y se compadeció de ella al notar su falta de conocimiento por el protocolo. ¡Ella no había ido a Londres a hacer sociales! ¡Ella había ido a Londres a recuperar su hogar!

—Debería, milady —le aconsejó—. La marquesa ha venido a saludar a su hijo, pero como él todavía no ha regresado, lo está esperando en la sala —le informó—. Usted y su hermano son invitados del lord, y lo correcto sería que salude a la marquesa viuda.

Lady Rosamund asintió con la cabeza.

—¿Cómo me veo, Jenkins? —preguntó al mayordomo, mientras se arreglaba el vestido con las manos temblorosas.

—Se ve usted muy bien, milady.

El mayordomo le pidió que le entregara su capa y sombrero para colgarlo en el armario, luego ella se dirigió a la sala. Lady Rosamund se encontró con una elegante y distinguida dama al entrar en la habitación. Se sintió intimidada y algo nerviosa.

—Marquesa Marclow, es un placer conocerla —saludó con cortesía.

La marquesa la miró con una curiosidad sutil y una sonrisa cordial.

—Me temo que estoy en desventaja, milady. Usted sabe quién soy yo, pero yo no sé nada sobre usted —murmuró la madre de Cam —. ¿Podría saber quién es y qué hace en la residencia de mi hijo?

Ella dio un paso hacia delante, acortando la distancia entre ellas.

—Soy Lady Rosamund Worthington —se presentó—. He sido invitada por su hijo a quedarme en su hogar mientras resolvemos un asunto personal que tenemos juntos.

La Marquesa Viuda estudió a Lady Rosamund con una mirada perspicaz, y ella no supo cómo interpretar ese gesto.

—Lady Rosamund, es un placer conocerla —dijo—. Cam no me ha contado nada al respecto, pero me gustaría saber más sobre usted y cómo ha llegado a ser un huésped de mi hijo.

Ahora entendía de donde Cam había sacado esa mirada astuta y penetrante; lady Marclow, detrás de su belleza, escondía a una mujer fuerte e intimidante.

—Marquesa, le agradezco su interés —expresó lady Rosamund—. Como mencioné, Cam y yo estamos trabajando juntos en un asunto personal que requiere mi presencia en su hogar. Espero que mi estadía aquí no cause ninguna molestia.

La marquesa le lanzó una sonrisa comprensiva y en ese instante, sintió una conexión con lady Marclow. Su calidez la ayudó a relajarse y sus nervios desaparecieron.

—No se preocupe, Lady Rosamund. Su presencia es bienvenida en nuestra familia. Siempre es un placer conocer a las personas cercanas a mi hijo —hizo un gesto con su mano para que se sentara a su lado—. Espero que su estancia aquí sea agradable y que, quizás, podamos tener la oportunidad de conocernos mejor mientras esperamos a Cam.

Después de escuchar atentamente cada detalle de la situación de lady Rosamund, la marquesa viuda sujetó su mano entre las suyas con un gesto maternal. Su expresión reflejaba comprensión mientras miraba a la joven.

—Querida Lady Rosamund, entiendo que se encuentre en una situación difícil y que necesite un lugar donde quedarse mientras

resuelve este asunto con mi hijo —continuó—. Sin embargo, no puedo permitir que una dama como usted se quede en la casa de un hombre soltero. Su reputación podría verse comprometida y no deseo que eso suceda.

Lo que menos había cruzado por la mente de lady Rosamund durante todo ese tiempo era su reputación. Se preguntó si había sido una mala idea aceptar la oferta de Cam sin considerar los parámetros sociales. De igual modo, no había ido a Londres en busca de un esposo; su propósito era recuperar su hogar y regresar a atender su granja una vez completada esa tarea. Además, sabía que su dote no era lo suficientemente atractiva como para conquistar a un noble.

—Agradezco sinceramente su preocupación por mi reputación, marquesa —murmuró—. Entiendo completamente su punto de vista y respeto su decisión. Hablaré con mi hermano y nos mudaremos este mismo día de la casa de su hijo.

—Me alegra que lo entiendas, querida. Pero su hermano puede seguir viviendo bajo el mismo techo que Cam —ante la expresión confusa de lady Rosamund, la marquesa le aclaró—: Me gustaría ofrecerle mi hogar como un lugar donde pueda quedarse hasta que todo se resuelva. Será un placer tenerla como mi invitada y cuidar de usted durante este tiempo.

Lady Rosamund se había quedado sin palabras ante la generosidad de la Marquesa. No esperaba ese gesto de alguien que acababa de conocer. Se sintió reconfortada por el apoyo y la protección que le estaba brindando una dama tan importante de la alta sociedad.

—No tengo palabras para expresar mi agradecimiento por su amabilidad, marquesa. Acepto su ofrecimiento y le estaré eternamente agradecida por su hospitalidad.

La marquesa sonrió cálidamente.

—Puedes llamarme lady Marclow, querida —dijo—. Estoy segura de que te llevarás muy bien con mi hija Lidia. A veces ella tiene un carácter difícil, pero es dueña de un corazón enorme —hizo una pausa —. ¿Sabe una cosa, milady? Usted debe caerle muy bien a mi hijo, porque es la primera vez que él tiene huéspedes en su casa.

Lady Rosamund tuvo la sensación de que detrás de ese comentario había un toque de picardía, pero sacudió la cabeza para desechar esa idea. Después de todo, ella simplemente era la hija de un barón que apenas podía mantener su granja. Aun así, se sentía ansiosa por conocer a lady Lidia; si era como su madre, estaba segura de que

serían grandes amigas. La marquesa pidió al mayordomo que preparara el equipaje de Lady Rosamund, porque había decidido que ella se mudaría ese mismo día.

CAPÍTULO 8

LADY ROSAMUND se sintió abrumada por la cálida bienvenida que había recibido de la Marquesa Viuda y su encantadora hija menor, Lady Lidia. La habían instalado en una de las habitaciones de invitados cercanos a la familia, que estaba decorada con muebles finamente tallados, un dosel y cortinas de terciopelo. Incluso había una bañera de porcelana con grifería de oro. La residencia de la marquesa simplemente era majestuosa, o al menos así le parecía a Rosamund, quien no estaba acostumbrada a esos lujos.

Como había llegado en plena temporada de Londres, Lady Rosamund se vio obligada a aceptar la invitación que Lady Lidia le había extendido para asistir al baile que se celebraría en una semana, organizado por la duquesa de Bourklam. Era un evento al que nadie quería faltar. Aunque prefería no asistir, sentía que era lo mínimo que podía hacer por ellos después del trato amistoso que había recibido.

—Estoy emocionada de tenerla aquí con nosotros, lady Rosamund —expresó lady Lidia—. ¿Qué le parece si vamos a la modista para que le hagan un vestido espectacular para el baile que dará la duquesa? Será una ocasión inolvidable para usted, especialmente siendo su primera vez en la temporada.

Su familia había priorizado otros aspectos antes de considerar su debut en sociedad. Siempre la habían visto como la futura encargada de manejar la granja familiar.

—¡Eso sería maravilloso, lady Lidia! Aprecio mucho su amabilidad y estoy encantada con la idea de asistir al baile —fingió su entusiasmo. Tal vez todos sus problemas se solucionarían antes de que tuviera que ir al evento de la duquesa—. Será un honor para mí acompañarlas al baile de la duquesa.

Lady Lidia se acostó boca arriba sobre la cama de su alcoba, dramáticamente.

—No sabes lo que eso significa para mí —murmuró con la mirada perdida en el techo—. Mi mejor amiga a desaparecido y ahora no tengo con quien hablar.

Rosamund se llevó una mano a la boca para ocultar una exclamación.

—¡Oh, por Dios, eso es terrible, milady! Lamento mucho que eso

le haya ocurrido a su amiga.

Lady Lidia se enderezó ligeramente, apoyando los codos sobre el colchón.

—Oh, no quise decir que su desaparición haya sido algo malo, de hecho, yo ayudé a Anabella a huir. Querían obligarla a casarse con un hombre espantoso —le contó—. Por suerte, logramos salvarla de ese matrimonio. Pero extraño su compañía, espero que esté donde esté, ella sea feliz.

—Fue un gesto muy noble que ayudara a su amiga, milady.

—Y ahora la ayudaré a usted —replicó lady Lidia—. No debe preocuparse, lady Rosamund, mi hermano Cam se encargará de todo.

Esperaba que Cam no se enfadara con ella por haberse ido de su casa. Había dejado una nota sobre la mesa, detallando brevemente que se había ido con su madre, la Marquesa Viuda, pero temía que no fuera suficiente para explicar su decisión abrupta de abandonar su hogar temporal en Mayfair. Lady Rosamund suspiró, deseando haber tenido la oportunidad de explicarse mejor.

—Estoy completamente segura de que vamos a atrapar a la persona que le ha robado la identidad a su hermano, milady, y se ha quedado con mi hogar —declaró Rosamund con un tono firme.

El sonido de un suave golpe en la puerta las interrumpió. Miró hacia la entrada con la respiración contenida. ¿Sería Cam? Se acercó a la puerta y la abrió con cautela. Para su alivio, no era Cam quien estaba frente a ella, sino era la marquesa, con una bandeja en la mano. Parecía traerle algo para comer. Lady Rosamund agradeció con una sonrisa y tomó la bandeja.

Lady Lidia no tardó en avisarle a su madre que ella también asistiría al baile de la duquesa, y ambas se apresuraron a planificar una visita a la modista para Lady Rosamund.

Después de algunas horas, las tres damas se dirigieron a la modista más exclusiva de la ciudad, cuya selecta tienda se hallaba en Regent Street. Al adentrarse en el lujoso establecimiento, fueron recibidas con reverencias por parte del personal, quienes reconocieron de inmediato a la distinguida marquesa viuda. La modista, una mujer elegante, apenas vio a lady Marclow y no tardó en atenderla con un trato especial, guiándola hacia las telas más exquisitas y los nuevos diseños de la temporada que tenía para ofrecer.

Con la ayuda experta de la modista, Lady Rosamund se sumergió en un mundo de sedas suaves y encajes delicados. Un mundo que había sido desconocido para ella. Finalmente, entre una variedad de opciones, encontró un vestido que estaba hecho a su medida, que realzaba su belleza. El delicado tejido se adaptaba perfectamente a su figura, resaltando sus curvas con estilo. Mientras se contemplaba en el espejo, apenas podía reconocerse a sí misma. Dio un giro y la falda se desplegó majestuosamente, como una campana.

—El verde pálido le asienta muy bien, milady —expresó la modista con una sonrisa, mientras ajustaba el lazo de su cintura con destreza—. Debemos hacerle algunos ajustes, pero quedará listo en un par de días.

—El vestido le calza igual que un guante, lady Rosamund —comentó la marquesa viuda.

Ella se bajó de la tarima que estaba delante del espejo y miró a la marquesa con una expresión seria.

—Usted ya ha hecho mucho por mí, lady Marclow, no debería aceptar este vestido.

—No diga bobadas, milady, ahora usted es parte de la familia —contestó—. Además, Cam quedará fascinado cuando la vea llegar al baile con ese vestido.

Una vez más, Lady Rosamund tuvo la impresión de que la marquesa creía que entre ella y su hijo existía algo más que un simple acuerdo para encontrar a un embaucador. La mirada de lady Marclow parecía sugerir una complicidad silenciosa que la dejaba intrigada.

Después de salir de la tienda de la modista, luego de haber encargado sus vestidos, se dirigieron hacia el carruaje donde el chofer las estaba esperando.

—Le aseguro que tendrá muchos pretendientes en el baile de la duquesa, lady Rosamund —murmuró lady Lidia, divertida.

—Espero que Cam sepa apreciar sus encantos, milady —añadió la marquesa.

Bien, ahora ella sí estaba segura de lo que había intentado decir lady Marclow.

—Entre su hijo y yo solo nos une el mismo enemigo, marquesa —aclaró, decidida a dejar en claro su posición.

Lady Lidia soltó una risita y le rodeó el codo con un brazo.

—Mi madre tiene la ilusión de ver a uno de sus hijos casados —

comentó, con una chispa juguetona en la mirada.

—¿Acaso eso es mucho pedir? —replicó la marquesa con un suspiro—. Todas mis amigas estas disfrutando de sus nietos, mientras yo estoy rogando casar a uno de mis hijos.

Lady Rosamund abrió grande los ojos. Lo único que ella quería era recuperar su hogar y regresar a su granja. De repente, Lady Lidia soltó un grito desgarrador al caer al suelo, empujada por un hombre que surgió de entre la multitud. Sin perder un segundo, el individuo se abalanzó hacia ella con evidentes intenciones de causarle daño.

El chofer de la Marquesa, un hombre de aspecto robusto, reaccionó con agilidad al escuchar el alboroto. Sin vacilar, se abalanzó hacia el tumulto, llegando justo a tiempo para ver al individuo armado que se dirigía hacia Lady Rosamund con un cuchillo en mano. Sin pensar en su propia seguridad, se interpuso entre ella y el atacante. Logró apartar al agresor con un empujón. La intervención del chofer evitó que el filo del arma pudiera alcanzar a Lady Rosamund.

Frustrado por su fallido intento, el agresor lanzó una mirada cargada de furia hacia Lady Rosamund. Mientras se alejaba, le advirtió que no estaba dispuesto a tolerar su intromisión en sus asuntos.

—Esto no ha terminado, milady —gritó el atacante—. Si quiere mantener su vida, será mejor que deje de meter tus narices en asuntos que no le corresponden. Deje de hacer preguntas sino quiere sufrir las consecuencias.

El agresor se esfumó entre la multitud con la misma rapidez con la que había aparecido, desapareciendo antes de que alguien pudiera detenerlo. El chofer, entrado en años, no pudo ir tras sus pasos, pero rápidamente actuó para protegerlas. Las ayudó a subirse al carruaje, asegurándose de que estuvieran a salvo antes de emprender la huida del tumulto.

A pesar del susto que había experimentado, Lady Rosamund se esforzó por mantenerse serena. Aunque las amenazas del agresor resonaban en su mente, se negaba a permitir que el miedo la paralizara. Se sintió reconfortada por el apoyo y la protección de sus nuevas amigas.

La tensión de lo ocurrido era palpable en el aire.

—¿Qué ha sido todo eso? —preguntó la marquesa visiblemente alterada.

—Lamento haberlas puesto en peligro —se disculpó lady

Rosamund con los ojos llenos de lágrimas.

—Esto no es culpa suya, querida —la tranquilizó la marquesa.

—¿Por qué el hombre le ha gritado de que deje de hacer preguntas, milady? —quiso saber lady Lidia.

—Porque he estado haciendo averiguaciones —respondió—. Y parece que he hecho las preguntas en los lugares correcto.

Aunque sabía que sus preguntas habían desencadenado la furia del agresor, no podía dejar de sentir que estaba más cerca de descubrir la verdad.

—Debe dejar este asunto en las manos de mi hijo, lady Rosamund —dijo la marquesa—. Estamos tratando con personas peligrosas.

No era una joven débil y asustadiza, estaba decidida a enfrentarse a quienes se habían atrevido a arrebatarle su hogar. Respiró hondo para contener su impulso y rabia.

—Entiendo su preocupación, Lady Marclow —respondió con calma—. Pero no puedo quedarme de brazos cruzados mientras el impostor continúe acechando en las sombras. No descansaré hasta que haya recuperado lo que me pertenece.

Consciente de la amenaza latente, Lady Rosamund comprendió la importancia de ser aún más cautelosa. Sabía que no podía permitirse bajar la guardia. Decidió que era urgente reunirse con su hermano Thomas para informarle de lo sucedido y advertirle sobre la presencia del estafador en Londres.

CAPÍTULO 9

CAM MARCLOW al enterarse del ataque que había sufrido Lady Rosamund, no dudó en tomar medidas inmediatas para garantizar su seguridad y la de su familia. Había decidido convocar a algunos de sus hombres de seguridad del club El Purgatorio para que vigilaran la residencia de la Marquesa Viuda, donde Lady Rosamund se estaba hospedando.

—¿Y cómo se encuentra lady Rosamund? —preguntó Cam, mientras se paseada de un lado a otro por la sala de la marquesa.

—Ahora ella está descansando, querido —contestó lady Marclow, añadiendo azúcar a su té—. Nos hemos llevado un gran susto.

—No te preocupes por eso madre, no volverá a repetirse —replicó él, con furia apenas contenida.

Cam se llevó las manos a la espalda y miró a través de la ventana hacia la calle. Miles de preguntas le atormentaban. ¿Cómo habían encontrado a Lady Rosamund? ¿La habían estado siguiendo desde el principio? ¿O era una infiltrada de sus enemigos para hacerlo caer?

—¿En qué piensas, Cam? —intervino la Marquesa.

Él se volteó hacia ella.

—Nunca debiste traer a lady Rosamund a tu casa, madre.

—La joven no podía continuar en tu casa, Cam, su reputación…

—No sé absolutamente nada de ella, madre —la interrumpió él —. Ni si quiera sé si todo lo que lady Rosamund me ha contado es cierto.

La marquesa arrugó el entrecejo.

—Si desconfía de lady Rosamund, ¿entonces por qué le ofreciste a ella y a su hermano que vivieran contigo?

Cam suspiró y se cruzó de brazos.

—Porque prefiero tener a mis enemigos cercas —contestó—. Tú y Lidia deben tener más cuidado y por ningún motivo deben salir solas de la casa.

Lady Marclow bebió un sorbo de té y lo miró por encima de la

taza.

—Creo que estás equivocando con lady Rosamund, Cam —dijo —. Ella dice la verdad, tus enemigos están en otro lugar.

—Todavía no puedo descartarla la posibilidad de que sea una infiltrada.

—Dudo que lo sea, cariño.

—Prométeme que se cuidaran, madre, si algo malo les hubiera sucedido hoy…

—Solo ha sido un susto, querido —se apresuró en decir la marquesa—. Confío en que te encargarás de este asunto. Pero por el amor de Dios, Cam, ten mucho cuidado.

Él se acercó a la marquesa y se inclinó hacia ella para darle un beso en la frente.

—La tendré, madre —la tranquilizó—. Debo regresar al club. Enviaré a algunos de mis hombres para que protejan la residencia.

Cam se encaminó hacia el club, donde convocó a sus hombres de confianza y les confió la crucial tarea de proteger la residencia de la Marquesa. Les instó a patrullar los alrededores y a permanecer vigilantes ante cualquier señal de peligro. Los hombres de seguridad de Cam asintieron con seriedad, comprendiendo la gravedad de la situación. Con las instrucciones claras, ellos partieron hacia la residencia de la Marquesa Viuda.

Una vez que los hombres estuvieron en marcha, Cam se dirigió hacia su despacho para revisar la lista de clientes que había recibido en las últimas semanas. Buscaba algún nombre sospechoso, esperando que el vizconde Devontrille pudiera descubrir alguna pista sobre el impostor.

De pronto, el Marqués Marclow, hermano mayor de Cam, irrumpió en su despacho con una expresión severa en su rostro. Al verlo, Cam entendió de inmediato que algo importante había ocurrido para que su hermano lo visitara de esa manera.

—¿Henri? —dijo, dejando sus papeles a un costado—. ¿Qué te trae por aquí en un día como hoy?

El marqués se quitó el sombrero y los guantes de cuero antes de sentarse frente al escritorio.

—Me he enterado del altercado que ha tenido nuestra madre esta tarde —murmuró, apoyando los guantes sobre el escritorio—. Ella le ha dado cobijo a una muchacha que tú estabas protegiendo. ¿En qué líos te has metido esta vez, Cam?

Él se reclinó en la silla y cruzó los brazos a la altura del pecho. Su hermano siempre sentía la necesidad de meterse en sus problemas y querer solucionarlos. Siempre que Henri aparecía, sentía la sombra de su hermano envolviéndolo, una sombra que había luchado por escapar desde joven. Siendo el segundo hijo, había tenido que esforzarse el doble para diferenciarse y ganar su propio nombre, para no ser simplemente "el hermano del marqués". Amaba a su hermano, pero no tiraría a la basura todos sus esfuerzos.

—No te preocupes, Henri, nuestra madre no volverá a pasar por esa situación.

El marqués apoyó un brazo en el respaldo de la silla y se pasó una mano por la boca.

—¿Qué está pasando, Cam? Nuestra madre me ha contado sobre los rumores perturbadores de alguien que se hace pasar por ti para estafar a otros. ¿Es por eso que intentaron atacar a la muchacha que estás protegiendo?

Cam suspiró, consciente de que era hora de compartir la verdad con su hermano.

—Sí, todo tiene que ver —afirmó—. Alguien está usando mi identidad para llevar a cabo estafas y actos delictivos. Cubren las caras de los clientes y los llevan a un club clandestino donde le dicen que es El Purgatorio —le explicó—. Pero estoy investigando el asunto y he tomado medidas para detenerlos.

El Marqués Marclow frunció el ceño, procesando la información.

—¿Cómo es posible que esto esté sucediendo? —preguntó preocupado—. ¿Tienes idea de quién está detrás de esto?

—Aún no lo sé con certeza, pero estoy trabajando para descubrirlo —repuso—. He reforzado la seguridad en el club y he pedido a mis hombres que protejan la casa de nuestra madre, y también a lady Rosamund, quien también ha sido afectada por estos incidentes. La persona que ha usurpado mi identidad, le ha robado su hogar.

El Marqués Marclow asintió, comprendiendo la gravedad de la situación.

—Haré todo lo posible para ayudarte a resolver este problema,

Cam. No permitiré que nadie manche impunemente el nombre de los Marclow. ¿Puedes confiar en lady Rosamund?

Cam reflexionó un momento. Aunque tenía sus dudas, algo en su interior le decía que ella decía la verdad. Y cuando se enteró de que lady Rosamund había sido atacada, sintió una furia intensa que lo llevó a desear encontrar al agresor para despellejarlo.

—Sí, confío en ella —afirmó, finalmente.

CAPÍTULO 10

LADY ROSAMUND preguntó a una de las doncellas de la marquesa si Cam estaba en la residencia, ya que le había parecido escuchar su voz. La muchacha confirmó que sí, que él había llegado con un caballero y se habían reunido en el despacho del marqués. Lady Rosamund se ilusionó con la posibilidad de que el caballero que acompañaba a Cam fuera su hermano Thomas. Después de los eventos del día anterior, la marquesa la había obligado a tomar un té con hierbas relajantes, lo que la había hecho dormir toda la noche. Necesitaba asegurarse de que su hermano se encontraba bien, por lo que se encaminó hacia el despacho.

Ella se detuvo en la puerta y, antes de girar el pomo de porcelana, se dio cuenta de que no era su hermano quien se encontrada detrás de la puerta. Lady Rosamund acercó un poco más su oído y se mantuvo en silencio mientras escuchaba atentamente cada palabra entre Cam y el otro caballero.

—Cam, es crucial que sepas quiénes eran los cómplices de tu ex empleado —murmuraron en un tono serio—. Aunque él ya no esté involucrado directamente contigo, sus antiguos asociados podrían continuar con sus actividades delictivas, especialmente si aún trabajan en tu club.

Ella abrió grande los ojos al darse cuenta de que estaban hablando de las personas que habían estafado a su hermano.

—Entiendo, Devon —repuso Cam—. ¿Crees que el usurpador tenga cómplices trabajando en mi club?

—Es lo más probable, Cam.

—Necesito que me entregues toda la información que has conseguido, Devon. ¿Puedes darme los nombres de esos sinvergüenzas?

Lady Rosamund se acercó un poco más a la puerta y escuchó con atención mientras el Vizconde Devontrille compartía la información crucial con Cam.

—Los nombres que necesitas son John Smith y William Packer —musitó—. Ambos eran cómplices de tu ex empleado y como te dije, lo más probable es que aún trabajen en el club.

Hubo una pausa larga.

—Gracias por la información, Devon —expresó Cam—. Actuaré con urgencia ahora que estoy más cerca de atrapar a Turner.

Los nombres mencionados resonaron en la mente de Lady Rosamund: John Smith y William Packer. Debía recordarlos. Se alejó en silencio, decidida a tomar cartas en el asunto después de lo que había escuchado. Estaba segura de que Cam no la incluiría en su plan después de que la hubieran atacado, y a esas alturas no podía confiar en nadie. Levantó el dobladillo de su vestido hasta la altura de los tobillos y comenzó a caminar más deprisa.

Ella se detuvo de golpe cuando se tropezó con lady Lidia.

—Lady Rosamund, justo la estaba buscando —murmuró lady Lidia—. Estaba a punto de tomar clases de esgrima y quería que se uniera.

Ella abrió la boca, la cerró y luego la volvió a abrir.

—Me gustaría acompañarla, lady Lidia —respondió con rapidez, buscando una excusa para evitar la invitación sin despertar sospechas —. Pero aún me siento un poco afectada por lo sucedido ayer y preferiría descansar un poco más. Será para la próxima.

—Lo entiendo perfectamente, milady —dijo—. Será para la próxima.

Lady Rosamund se sintió un poco culpable por haberle mentido. Esperó a que ella se alejara para correr hacia su alcoba. Debía poner en marcha su plan antes de que Cam lo hiciera. Había decidido ir al club El Purgatorio asumiendo una identidad diferente para buscar a los cómplices del usurpador.

Agradeció haber guardado en su maleta ropa de su hermano. Se vistió con las prendas masculinas que le permitirían pasar desapercibida entre los hombres del club, asumiendo una vez más el papel de Robert Davies.

Una vez lista, se dirigió hacia el club El purgatorio. Al ingresar al establecimiento, se mantuvo alerta y observó atentamente a su alrededor, buscando a los posibles John Smith y William Packer, los cómplices que habían sido identificados por el Vizconde Devontrille. Estaba dispuesta a confrontarlos de una vez por todas y recuperar su hogar.

CAPÍTULO 11

PETER, el jefe de seguridad de Cam, lo atajó apenas él ingresó al club.

—¿Qué ocurre, Peter? —preguntó Cam, preocupado.

—¿Recuerda al muchacho que vino días atrás al club y usted pidió que su chofer lo llevara a su casa?

«Lady Rosamund», pensó.

—Sí, perfectamente.

—Bien, él ha regresado —le avisó—. Creí que debía saberlo, milord.

Cam apoyó una mano sobre el hombro de Peter.

—Has hecho bien en avisarme.

¿Qué demonios estaba haciendo ella regresando al club? Ese no era un lugar para una dama. Cam se dirigió hacia donde Peter le había indicado que la había visto. Lady Rosamund estaba interfiriendo en sus planes y eso lo enfurecía. En lugar de ocuparse de lo que debía, tenía que cuidar a una jovenzuela que no parecía entender las razones. Tomó la copa de whisky de una de las cortesanas y bebió un largo sorbo. Se detuvo en seco cuando volvió a encontrar al pequeño Robert Davies entre la multitud.

Él cruzó los brazos y se apoyó contra la pared, a la vez que observaba a la pequeña farsante moverse con cautela entre las mesas. Ella se había acercado a uno de sus empleados, el repartidor de cartas del blackjack 21, y parecía que le estaba diciendo a su empleado algo que no era de su agrado. El repartidor alejó a lady Rosamund de un empujón. En ese instante, la cólera lo invadió por completo. De una zancada, Cam se acercó a su empleado y él voló a varios metros cuando estampó su puño contra su cara.

—Recoge tus cosas y vete de mí club —le ordenó.

De pronto, hubo un alboroto a su alrededor.

—Continúen divirtiéndose, muchachos —murmuró Cam, intentando calmar la situación—. Aquí no ha pasado nada.

Giró sobre sus talones y se encontró con el pálido rostro de Robert Davies. Parecía como si ella estuviera viendo al mismísimo diablo. Sin pensarlo dos veces, acortó la distancia que los separaba, tomó su brazo y la condujo hacia un lugar más tranquilo.

—¿Te has hecho daño? —preguntó, visiblemente preocupado.

Luego de asegurarse de que ella se encontraba bien, él agregó con un tono molesto:

—¿Qué demonios está haciendo aquí, lady Rosamund? —cuestionó, visiblemente irritado—. Pensé que había sido claro cuando le dije a mi madre que no podían salir de la casa hasta que solucionara este asunto.

—La marquesa no tiene nada que ver con esto, milord.

Él alzó una ceja.

—¿Ah, no? Entonces, ¿me puede explicar por qué ha desobedecido mis órdenes?

Lady Lady Rosamund apartó la mano de Cam de su brazo y lo miró desafiante a los ojos.

—No sigo órdenes de nadie, milord —respondió con firmeza.

Cam frunció el ceño, frustrado.

—Por los clavos de Cristo, ¿no se da cuenta de que su vida podría correr peligro? ¿No fue suficiente que la atacaran una vez?

—Necesitaba obtener información sobre los cómplices del estafador que engañó a mi hermano —trató de explicarse rápidamente —. Pensé que podría manejar la situación por mi cuenta...

Cam la interrumpió, su expresión era una mezcla de irritación y exasperación.

—Espere un momento, milady, ¿cómo sabe acerca de los cómplices de mi ex empleado? —quiso saber.

Las mejillas de ella se ruborizaron de culpabilidad.

—Puede que haya escuchado la conversación que usted tenía en su despacho.

—¿Puede, milady? —repitió Cam, arrastrando la voz.

Ella revoleó los ojos.

—No fue a propósito, milord —se excusó—. Pero no pude evitar escuchar los nombres de quienes están detrás de todo esto. Y esa es la razón por la que he venido a su club.

—No importa cuáles sean sus razones, Lady Rosamund. Este no es un lugar para usted. Es peligroso y no quiero que se exponga a ningún riesgo innecesario. Sobre todo, si los cómplices de Turner la

reconocen.

Ella finalmente acababa de darse cuenta de que había ido directo a la boca del lobo.

—Debió avisarme lo que planeaba hacer, milady —agregó él—. Porque en vez de estar preocupado por su seguridad, podría estar ocupándome de esos sinvergüenzas.

— Oh, no sabía que debía pedirle permiso, milord —respondió ella con un toque de sarcasmo—. Pensé que podría manejarme sola, pero veo que subestimé su necesidad de controlarlo todo.

Los ojos de Cam se estrecharon, evaluando la respuesta de Lady Rosamund. No estaba seguro si hablaba en serio o simplemente le estaba tomando el pelo. Pero una cosa era segura: ella no era una dama que se dejara dominar fácilmente.

—¿Su hermano estaba al tanto de esta locura? —preguntó, intentando mantener la calma.

Ella negó con la cabeza, desafiante.

Cam suspiró resignado, sabiendo que tratar con Lady Rosamund sería más complicado de lo que había anticipado.

—El barón debe estar al tanto de sus acciones, milady. Él es el hombre de su familia. Su hermano es quien debe protegerla —replicó Cam, intentando apelar a su sentido común.

—Mi hermano fue quien me puso en esta situación, milord —le recordó ella, con un tono que dejaba claro que no estaba dispuesta a depender de nadie más que de sí misma.

Cam se quedó fascinado por su lengua viperina, sin poder evitar una sonrisa leve.

—¿Siempre tiene una respuesta para todo?

Lady Rosamund le lanzó una mirada altanera.

—Casi siempre…

—Lady Rosamund, debe comprender que me preocupo por usted —dijo con suavidad, buscando llegar a un entendimiento—. No puedo permitir que se ponga en peligro de esta manera. Por favor, déjeme cuidarla y mantenerla a salvo.

—Entiendo que usted esté preocupado por mi seguridad, milord, pero necesito resolver este asunto. No puedo simplemente quedarme de brazos cruzados mientras ellos siguen sueltos.

Cam apretó la mandíbula, sintiendo la frustración crecer en su interior.

—Pero esto no es un juego, milady.

—¡Pero necesito hacer algo al respecto! —exclamó—. Entienda que esto es personal para mí.

Cam echó una ojeada a su alrededor para asegurarse de que nadie los estuviera escuchando.

—La entiendo mejor que nadie, Lady Rosamund, pero debemos abordar esto de manera inteligente y segura.

Lady Rosamund terminó reconociendo su arrebato y que se había dejado dominar por sus impulsos.

—Por favor, milord, déjeme al menos ayudar de alguna manera —suplicó, sintiendo un ligero arrepentimiento por su impetuosidad.

Cam Marclow reflexionó por un momento antes de asentir con una expresión seria.

—Está bien, pero debemos ser cuidadosos y trabajar juntos para resolver esto.

CAPÍTULO 12

¡CAM MARCLOW era la persona más despreciable que había conocido! Había encerrado a lady Rosamund en su despacho mientras él trataba de hallar a los cómplices de su ex empleado Turner. Solo la liberó cuando se aseguró de que ellos no se encontraban en su club. El maldito la había llevado a la fuerza a su carruaje para regresarla a la casa de la marquesa.

Lord Marclow abrió la puerta de su coche y le hizo una señal con la mano para que ingresara. Ella se cruzó de brazos y se negó a hacerlo. Él la alzó en sus brazos como si fuera una pluma y la sentó en el cómodo, mullido y suave asiento tapizado de cuero. Lady Rosamund no pudo evitar soltar un resoplido molesto al percibir el agradable aroma a lavanda que impregnaba el interior del coche de Cam. Él cerró la puerta tras de sí una vez que ambos estuvieron dentro

—¡Usted dijo que me incluiría en su plan, milord! —se quejó ella.

Cam golpeó el techo del carruaje con su bastón para indicarle al chofer que arrancara.

—Así es, milady, pero no especificamos en qué parte del plan sería incluida —respondió, con una calma que exasperaba a Lady Rosamund.

—¿Y ya sabe en qué parte de su plan me incluirá? —replicó ella, con los ojos lanzando chispas de ira.

Él se reclinó en la butaca y la miró por encima del hombro.

—Todavía no lo he decidido.

—¿Todavía no lo ha decidido?

Lady Rosamund se sentía subestimada y frustrada con su actitud sobreprotectora.

—No puedo creer que me haya dejado engañar por usted, milord —dijo con la voz cada vez más enfadada—. ¿Quién se cree que es para...

Ella dejó de hablar al ver cómo Cam se quitaba su levita y luego la cubrió con ella.

—Ahora comprendo por qué las mujeres no se visten iguales que

los hombres —comentó él, con una pizca de humor.

Ella lo miró sin entender una palabra.

—Los pantalones ceñidos, la camisa… ya sabe a lo que me refiero —explicó.

—No, no lo sé, milord.

—Su hermano se escandalizaría si la viera vestida así.

—¿Está insinuando que le resulta seductora una dama vestida como un caballero?

Él solo la miró por unos segundos, luego apartó la vista hacia la ventanilla. ¿Eso significaba un sí? Durante el viaje de regreso a la casa de la Marquesa, la tensión entre ellos comenzó a transformarse en algo más. Por momentos, intercambiaban miradas y su respiración se volvía más espesa.

—Solo intento protegerla, milady —rompió Cam el silencio.

Ella lo miró desafiante. A medida que el carruaje avanzaba por las calles de la ciudad, ambos se encontraban cada vez más cerca uno del otro con cada traqueteo, y la tensión en el aire se hacía más palpable.

—Puedo perfectamente cuidarme sola, milord, siempre lo he…

Antes de que ella pudiera terminar su frase, Cam la interrumpió con un gesto repentino. Sin decir una palabra, la atrajo hacia sí y la besó apasionadamente.

Lady Rosamund abrió grande los ojos ante la sorpresa, pero se fue desvaneciendo rápidamente cuando se vio abrumada por la intensidad de su beso. Podía sentir sus manos atravesar la fina tela de su camisa, enviando un estremecimiento a lo largo de su cuerpo. Él le quitó el sombrero y su cabello cayó como cascada sobre su espalda. La ira y la frustración se convirtieron en una chispa de deseo que ardía entre ellos.

Por un momento, se perdieron en el deseo, olvidando todo lo demás a su alrededor. El calor del beso, la cercanía del uno al otro, creaban una atmósfera de atracción irresistible.

Sin embargo, el hechizo se rompió cuando el carruaje pasó por un bache, sacudiéndolos y casi haciéndolos caer al suelo. Lady Rosamund y Cam se separaron, mirándose mutuamente con asombro por lo que acababa de suceder.

—¿Qué… qué ha sido eso? —preguntó lady Rosamund con la voz

temblorosa.

—No lo sé —respondió Cam, llevándole un mechón de pelo detrás de la oreja—. Pero no puedo negar que me siento atraído hacia usted, milady, de una manera que no puedo explicar. ¿Qué demonios me ha hecho?

Lady Rosamund ocultó su rostro contra su pecho, sintiendo una mezcla de confusión y emoción. Aunque su enfado inicial aún estaba presente, ahora se mezclaba con un nuevo tipo de sentimiento que no podía ignorar y nunca antes había experimentado. Cam la rodeó entre sus brazos y suspiró.

—Usted es una mujer inigualable, milady —susurró él.

El resto del viaje transcurrió en un silencio tenso pero cargado de deseo. Ambos parecían perdidos en sus pensamientos, preguntándose qué significaba el repentino cambio en su relación.

CAPÍTULO 13

A LA MAÑANA siguiente, lady Lidia la había invitado a dar un paseo por Hyde Park. Uno de los hombres de seguridad de Cam las acompañaba unos pasos detrás. Lady Rosamund se apartó una hoja que había caído sobre su sombrero. Se sintió mejor cuando su hermano Thomas se apareció en el desayuno, aunque lamentó que no pudiera acompañarlas debido a su regreso al club El Purgatorio. Cam le había dicho que ese era un lugar seguro para él.

—¿No es este un día encantador para pasear por Hyde Park, Lady Rosamund? —murmuró lady Lidia inhalando una bocanada de aire—. ¡Mire los jardines y el lago!

—Sí, se ven precioso, Lady Lidia. Gracias por invitarme a acompañarla.

Lady Lidia cerró la sombrilla cuando las nubes cubrieron el cielo y uso una mano en el hombro de lady Rosamund, deteniéndola.

—En realidad, milady, el paseo ha sido solo una excusa.

—¿Ah, sí?

—He tomado una decisión con mi vida y he querido compartirla con usted, lady Rosamund.

Ella se había sentido halagada de que la tomara en consideración. De repente, tuvo la sensación de haber visto al hombre que la atacó cuando salieron de la tienda de la modista días atrás. Prefirió guardar esa sensación para sí misma.

—Agradezco su confianza, lady Lidia.

—Está será mi última temporada —le contó.

Lady Rosamund abrió grande los ojos.

—¿Planea casarse pronto, milady?

—¡Oh, no! —exclamó, horrorizada—. Después de que acabe la temporada, viajaré a Escocia. He aceptado un empleo como institutriz —le hizo saber—. Y usted es la primera persona a quien se lo cuento, milady.

—¿Usted está segura, lady Lidia? —expresó—. Los pretendientes le llueven y…

—Quiero probar algo diferente —la interrumpió—. Siempre he vivido dentro de una burbuja; mi madre y mis hermanos me han sobreprotegido toda mi vida. Pensé que usted, milady, podría entenderme.

Lady Rosamund sujetó una mano de lady Lidia entre las suyas y dijo:

—Si es eso lo que usted desea, milady, por supuesto que la apoyaré en su decisión.

Lady Lidia se lo agradeció.

Durante el paseo por Hyde Park, Lady Rosamund continuaba encontrándose inquieta, como si una sombra invisible estuviera siguiéndola y observándola en cada paso que daba. A pesar de los esfuerzos de Lady Lidia por distraerla con conversaciones alegres, Lady Rosamund no podía quitarse la sensación de malestar.

—¿Sucede alguna cosa, milady? —preguntó lady Lidia cuando empezó a notar su preocupación.

A pesar de su intento por disfrutar del paseo, Lady Rosamund continuaba sintiéndose observada. Cada vez que se detenía para mirar a su alrededor, no veía a nadie que pareciera seguirlos. Sin embargo, la sensación persistía, como si alguien estuviera escondido entre los árboles, acechando en las sombras.

—¿No ha notado algo extraño durante nuestro paseo? —consultó lady Rosamund—. Siento como si alguien nos estuviera observando.

—¿Observándonos? —repitió lady Lidia con sorpresa—. ¿A qué se refiere, Lady Rosamund? No veo a nadie sospechoso por aquí. Además, el hombre de seguridad de Cam lo hubiera notado.

Ella miró hacia atrás por encima del hombro. El empleado de Cam que las acompañaba parecía tranquilo. Lady Rosamund frunció el ceño, preguntándose si tal vez estaba exagerando la situación. Aun así, la sensación persistía, haciéndola sentir incómoda y vulnerable.

—Tal vez solo sea su imaginación, Lady Rosamund —dijo—. Ha pasado por muchas cosas en los últimos días. Pero si le hace sentir mejor, podemos regresar a casa.

Antes de que ella pudiera contestar, vio a lo lejos aparecer a Cam Marclow en su caballo, galopando elegantemente hacia donde ella y Lady Lidia paseaban por Hyde Park. A pesar de su preocupación anterior por sentirse observada, la presencia de Cam la reconfortaba de alguna manera.

Su mirada se posó en Cam mientras se acercaba, y no pudo evitar notar lo imponente y hermoso que lucía en su caballo. Recordó el beso apasionado que habían compartido la noche anterior, y su corazón comenzó a latir con fuerza ante la emoción de verlo de nuevo. Después del beso, habían actuado como si nada hubiera sucedido. Pero sí había sucedido; él le había robado sus pensamientos. Había pasado toda la noche mirando el techo de su alcoba, reviviendo una y otra vez ese maldito beso.

Cam detuvo su caballo cerca de ellas y se bajó, su boca dibujó una sonrisa devastadoramente atractiva y unas pequeñas arrugas rodearon sus ojos, lo que hizo que Lady Rosamund se sintiera aún más turbada.

—Lady Rosamund, Lady Lidia —las saludó Cam—. ¿Qué sorpresa tan agradable encontrarlas aquí en Hyde Park?

Lady Lidia puso los ojos en blanco, evidenciando su exasperación.

—No necesitas fingir, Cam —replicó—. Madre te ha dicho dónde estábamos y tu genio entrometido no ha podido detenerte.

—Ahora comprendo por qué aún sigues soltera, mi querida hermana —respondió Cam con una sonrisa sarcástica.

Ante el inminente conflicto entre hermanos, Lady Rosamund decidió intervenir antes de que la situación se volviera más tensa.

—Estábamos dando un paseo por el parque y creí que... —se retractó de manifestarle lo que estaba sintiendo—. Su llegada ha sido muy oportuna, milord.

Cam le dedicó una mirada dulce y tierna.

—¿Por qué dice eso, milady?

—Lady Rosamund cree que alguien nos ha estado siguiendo —respondió lady Lidia.

Cam llamó a su hombre de seguridad y le preguntó si él había visto algo fuera de lo normal.

—No, milord, nadie se ha acercado a su hermana y a lady Rosamund —informó el empleado, antes de retirarse a una distancia discreta.

—Debió ser mi imaginación —murmuró lady Rosamund, sintiendo cierto rubor al admitirlo.

—Ya no debe preocuparse, milady, estoy aquí para protegerlas.

De los labios de lady Lidia salió un resoplido lleno de hastió.

CAPÍTULO 14

CAM MARCLOW sujetó la rienda de su caballo mientras caminaba junto a su hermana Lidia y lady Rosamund. Después de la información que le había dado el vizconde Devontrille sobre los cómplices de su ex empleado Turner y de descubrir la noche anterior que habían estado trabajando en su club hasta hacía poco, se sintió molesto por su falta de previsión. Sin embargo, al menos había confirmado que lady Rosamund no era una infiltrada de ellos. La miró por encima del hombro y le dedicó una sonrisa.

Los rayos del sol iluminaban su rostro angelical, y no pudo evitar sentir una atracción arrolladora hacia ella. Su mirada se posó en sus labios, deseando volver a sentir su sabor como lo había hecho horas atrás.

Lady Rosamund apenas había intercambiado algunas miradas con él. Tal vez se sentía avergonzada por lo que había sucedido entre ellos, aunque esa vergüenza se desvanecería cuando volvieran a repetirlo. Y esperaba estrecharla entre sus brazos lo antes posible.

—Quería agradecerle, milord, por lo que está haciendo por mi hermano Thomas —murmuró lady Rosamund—. Él me ha contado que usted le ha pedido que se instale en su club para que reciba más protección.

Si había hecho eso, había sido solo por ella. Para evitar que se metiera en un lío por ayudar al barón. Lord Thomas nunca debió haber dejado a su hermana desprotegida.

—Nos encontramos en el mismo equipo, milady. Hasta que no atrapemos a quienes están haciendo esto, tendremos que cuidarnos las espaldas.

—No se preocupe, lady Rosamund. Mi hermano puede tener muchos defectos, pero es un hombre de palabra. Al igual que cada miembro de los Marclow —dijo lady Lidia.

—No puedo más que agradecer por lo que están haciendo por mi hermano y por mí —replicó lady Rosamund. Miró a lord Marclow y agregó—: Sé que comenzamos con el pie izquierdo, pero confió en usted, milord.

El hecho de que ella le dijera que confiaba en él hizo que su pecho se hinchara de orgullo. Cam le agradeció con una sonrisa

seductora y prometedora que logró que las mejillas de lady Rosamund se sonrojaran aún más.

—Cuando recupere mi hogar, prometo ofrecerles un gran banquete en nombre de mi familia —repuso lady Rosamund.

Cam entornó los párpados.

—Me encantará poder disfrutar de su banquete, milady —respondió con un evidente doble sentido.

Automáticamente las mejillas de lady Rosamund se tiñeron de un rojo más intenso.

De pronto, Cam Marclow divisó a su ex empleado entre la multitud del parque y, sin dudarlo, se subió rápidamente a su caballo. Se había dispuesto a seguir al sinvergüenza y asegurarse de que no pudiera escapar impune una vez más.

—¿Qué está ocurriendo, Cam? —preguntó lady Lidia, alarmada.

Él le pidió a su empleado a los gritos que cuidara de su hermana y de lady Rosamund. Sin dar ninguna otra explicación, sujetó las riendas fijamente e inició una persecución frenética tras el fugitivo. Atravesó el parque con agilidad, manejando su caballo con destreza a través de la multitud que se abría paso ante ellos.

El sinvergüenza, consciente de la persecución, aceleró el paso, zigzagueando entre las personas y buscando cualquier oportunidad para eludirlo. Cam tuvo que frenar de golpe cuando un cachorro se atravesó, y por un segundo perdió el rastro de Turner. A pesar de los esfuerzos de Cam por cerrar la distancia, el fugitivo demostró ser escurridizo y ágil, manteniendo una ventaja constante.

A medida que la persecución continuaba, Cam se esforzaba por mantener el ritmo, pero el sinvergüenza parecía tener una ventaja cada vez mayor. Con un último esfuerzo, Turner, su ex empleado, se alejó lo suficiente como para desaparecer entre la multitud, escapando de la vista de él.

Cuando perdió por completo el rastro del impostor, Cam frenó a su caballo lleno de frustración y furia contenida, reconociendo que había dejado escapar al sinvergüenza una vez más. Respiró profundamente para calmar su ira y se pasó una mano por su mandíbula tensa, resignándose momentáneamente a la situación. Aun así, estaba decidido a no renunciar a capturarlo.

CAPÍTULO 15

AL ENTERARSE de que la marquesa iría al baile de la duquesa de Bourklam a pesar de todo lo que estaba sucediendo, Cam Marclow se vio obligado a asistir al evento. Un lacayo anunció su llegada y él se apresuró a alejarse de la entrada para no convertirse en el foco de atención de las madres casamenteras.

En el esplendoroso baile organizado por la duquesa de Bourklam, la elegancia y el lujo se desplegaban en cada rincón. Desde los exquisitos arreglos florales hasta la música en vivo, pasando por los candelabros dorados que arrojaban destellos sobre los relucientes suelos de mármol.

—No esperaba verte esta noche —murmuraron a sus espaldas—. ¿Acaso se te ha perdido algo?

Él giró los talones al reconocer esa voz.

—Conde de Sheffield —dijo despacio—. El hombre que perdió su batalla con la soltería —se mofó—. ¿Acaso has venido a bailar un vals con tu flamante esposa?

Lucían soltó una carcajada. Hacía un año que el conde se había casado con lady Georgiana, y se veía completamente enamorado de su esposa. Por muchos años, lord Sheffield había sido un soltero codiciado y famoso por ser uno de los integrantes destacados de los canallas de Mayfair. Además, de ser un buen amigo suyo.

—Gina adora los bailes y no me he podido negar —admitió Lucían, sonrojado—. ¿Y tú has venido a buscar una esposa?

Cam se cruzó de brazos y ladeó la cabeza hacia un costado.

—Sabes que eso nunca sucederá —replicó él.

Lucían dejó de sonreír y apartó a Cam hacia un lado.

—¿Qué es lo que está pasando, Cam? —preguntó preocupado—. He hablado con Henri y parecía estar muy preocupado por ti, pero no quiso darme mucha información.

Cam le explicó lo que estaba sucediendo y por qué se encontraba en el baile de la duquesa.

—Deberías haberme contado todo esto antes, Cam —se quejó Lucían—. ¿Cómo puedo ayudarte?

—Manteniéndote al margen, Lucían —contestó—. Estás esperando a tu primer hijo y lo último que deseo es poner en riesgo tu vida. Me estoy encargando de todo y…

Él se atragantó con sus palabras cuando lady Rosamund apareció entre la multitud. Su belleza lo había enmudecido. Lady Rosamund estaba radiante, vestida con un elegante traje verde pálido que realzaba su figura, mientras un collar de perlas envolvía su cuello. Su cabello estaba cuidadosamente peinado, adornado con delicadas flores blancas y doradas que resaltaban su ternura.

Cada uno de sus movimientos eran delicados, parecía emanar una luz propia que capturaba la atención de todos a su alrededor, convirtiéndola en el centro de todas las miradas.

—Adivino que la joven es lady Rosamund —farfulló Lucían, divertido.

Cam lo miró ceñudo.

—¿Cómo dices?

—La joven a la que no quitas los ojos de encima, ¿es lady Rosamund, verdad?

—Yo no… —soltó un resoplido exasperado—. ¿Qué tonterías estás diciendo, Lucían?

—Nunca antes te había visto mirar a una dama de esa forma.

—Y nunca antes te había escuchado decir tantas tonterías juntas. Tal vez el matrimonio te ha atrofiado la cabeza —contestó Cam, molesto.

Lucían le sonrió, enseñando toda su dentadura, disfrutando aún más su enfado.

—Quien hubiera dicho que el mismísimo Cam Marclow se iba a enamorar.

Cam revoleó los ojos y se alejó enseguida, escuchando las mofas de su amigo a sus espaldas.

CAPÍTULO 16

CAM MARCLOW dejó atrás las bromas de Lucían al aproximarse a Lady Rosamund. Automáticamente, sus hombros se relajaron y una sonrisa se dibujó en sus labios cuando ella lo miró.

——¿Puedo saber por qué una vez más ha desobedecido mis órdenes? ¿Acaso no les dejé claro que bajo ninguna circunstancia debían abandonar la casa?

Lady Rosamund se llevó un dedo a la barbilla, simulando una deliberación.

—¿Podría recordarme alguna vez que haya obedecido una de sus órdenes, milord?

Cam se inclinó hacia ella, lanzándole una mirada astuta por debajo de los párpados.

—Lamentablemente, no puedo recordar ninguna ocasión.

—Entonces, eso responde su pregunta —replicó ella con picardía —. Pero para su tranquilidad, sus hombres también nos han acompañado.

Cam extendió una mano con galantería.

—Entonces debemos aprovechar esta oportunidad, Lady Rosamund. ¿Me haría el honor de concederme esta danza?

Ella posó su mano sobre la suya y asintió con una sonrisa.

—Sería un placer, milord.

Tanto él como lady Rosamund intercambiaron una mirada cómplice. Cam la condujo hacia la pista de baile, donde se encontraban las demás parejas. Apoyó una mano en su cintura, sintiendo el suave contacto de sus dedos contra la tela de su vestido. Comenzaron a bailar al compás de la música, moviéndose con gracia. La química entre ellos era palpable, y cada paso parecía sincronizarse a la perfección.

A medida que giraban por la pista de baile, los ojos de Cam no podían apartarse de la belleza de Lady Rosamund. Su presencia era cautivadora, y hacía que el aire le faltara. Fijó la vista en sus delicados labios, sintiendo la tentación de perderse en un beso apasionado. Tuvo que controlar su impulso de apoderarse de ellos, consciente de que estaban rodeados de invitados en el baile de la duquesa. La apretó

contra él para sentir su calor aún más cerca.

—Me atrevo a decirle que usted es la mujer más hermosa de esta noche, milady —declaró Cam.

Lady Rosamund lo miró en silencio por unos segundos.

—¿A qué está jugando, milord? —preguntó en un tono seco, pero su corazón latía con fuerza, traicionando su aparente calma.

Él la hizo girar elegantemente y luego se inclinó hacia ella, su aliento cálido rozando su oído.

—¿Por qué dice que estoy jugando? —susurró, con un toque de diversión en su tono, desafiándola a negar lo que ambos sabían era verdad.

—Lo que pasó anoche entre nosotros no volverá a repetirse —le hizo saber con la voz temblorosa.

—Volverá a repetirse porque usted también lo desea, milady —contradijo Cam con una seguridad seductora, desafiando sus propias reglas con cada palabra.

Lady Rosamund quiso apartarse y pero él la sostuvo con firmeza.

—El baile aún no ha terminado, milady.

—Usted es la persona más insolente, sinvergüenza e insoportable que he conocido —gruñó ella, en un tono que solo Cam pudiera escuchar.

—¿Ah, sí? Yo he conocido a un tal Robert Davies que reúne todas esas características —respondió, desafiando su propio juego.

Ella luchaba por contener su enfado, pero su resistencia se desvaneció cuando sus emociones la traicionaron, y una hermosa sonrisa adornó su rostro. Cuando la orquesta cesó su melodía, antes de que cambiaran de baile, él se apresuró a decirle:

—La espero en el jardín de la duquesa en veinte minutos.

—No iré con usted a ningún sitio, milord.

Él la miró con intensidad, como si pudiera leer sus pensamientos.

Ella humedeció sus labios nerviosamente con la lengua.

—La estaré esperando, milady —dijo él con un tono que dejaba claro que no aceptaría un no por respuesta.

Dicho eso, se apartó de ella, dejándola desconcertada.

CAPÍTULO 17

ÉL SE HABÍA acercado a la mesa de los refrescos mientras aguardaba su momento para dirigirse al jardín de la duquesa. Cam siempre había sido un experto en los juegos de seducción, pero sentía que todas sus tácticas con Lady Rosamund eran inútiles. Bebió un sorbo de limonada para refrescarse, tratando de calmar el calor de su cuerpo. ¿Qué demonios estaba pasando con él?

En medio de la fiesta, la Marquesa Viuda se acercó a su hijo, con una sonrisa afectuosa en los labios. Cam, sin embargo, detectó de inmediato la mirada traviesa y el brillo de complicidad en los ojos de su madre, lo que indicaba que tenía algo importante que decirle. Y ese no era un buen momento para una de las charlas de su madre.

Echó una ojeada a su alrededor en buscar de lady Rosamund. Sonrió al darse cuenta que ella también lo estaba mirando. Pero inmediatamente, lady Rosamund arrugó el ceño y continuó hablando con su hermana, lady Lidia.

—¿No crees que Lady Rosamund sería una encantadora compañía, Cam? —su madre no tenía pelos en la lengua y había ido directo al hueso—. Me parece que hacen una pareja muy agradable.

Cam tragó saliva, sintiendo cómo la incomodidad crecía en su interior al darse cuenta de la dirección de la conversación de su madre. La conocía muy bien y sabía que, si no cambiaba de tema pronto, estaría hundiéndose en aguas profundas. Respondió con una sonrisa forzada:

—Lady Rosamund es una dama encantadora, madre, pero...

La Marquesa Viuda lo interrumpió con una risita romántica, poniendo una mano cariñosa sobre su brazo.

—Oh, Cam, no seas tan reservado —dijo con ternura—. Todos aquí pueden ver lo bien que te llevas con ella. Además, no puedo evitar recordarte que estoy deseando tener nietos pronto.

Cam se esforzó por mantener la compostura. Era verdad que con lady Rosamund se sentía cómodo y disfrutaba de su compañía, pero de ahí a pedirle matrimonio había un paso muy grande.

—Madre, por favor... No empieces con eso ahora —contestó con una mezcla de irritación y diplomacia—. No es el momento ni el lugar para hablar de matrimonio y nietos.

La Marquesa asintió con una sonrisa comprensiva, aunque no pudo ocultar su expresión de descontento.

—Entiendo, querido, pero como madre, tengo mis esperanzas. No quiero irme de este mundo sin ver a uno de mis hijos bien casados. Solo quiero verte feliz y bien acompañado. ¿Acaso es eso mucho pedir?

Cam al notar que la conversación se volvía más intensa de lo que esperaba, por lo que decidió retirarse antes de que las cosas se complicaran aún más.

—No te preocupes por eso, madre, porque uno de tus hijos es el marqués Marclow y tiene la obligación de traer un heredero —le recordó—. Por lo tanto, no demorará mucho tiempo para que lo veas casado.

La marquesa soltó un resoplido.

—A veces pienso que es mejor resignarse a que no veré a mis nietos correteando por la sala de mi casa.

Cam buscó con la mirada a lady Rosamund, pero parecía haber desaparecido del salón. ¿Era posible que lo estuviera esperando en el jardín? Se inclinó hacia la marquesa y le dio un beso cálido en la frente.

—La fe es lo último que se pierde, madre —replicó—. Si me disculpas, tengo algunos asuntos pendientes en el club —mintió—. Nos vemos más tarde.

Cam se alejó de su madre, sintiéndose abrumado por la presión y las expectativas que la marquesa ponía sobre su vida personal. Esperó a que lo perdiera de vista antes de salir por la puerta que conducía al jardín de la duquesa, y dirigirse hacia el lugar donde esperaría a lady Rosamund. ¿Porque ella iría, verdad que sí?

CAPÍTULO 18

DURANTE la animada fiesta de la duquesa, el hermano de Lady Rosamund, había visto a un hombre entre la multitud que le había resultado sospechoso. Él había reconocido al estafador, el ex empleado de Cam que había usurpado su identidad. El hombre que había causado tanto daño a su familia al quitarle su casa en una apuesta de cartas. El barón decidió informarle a su hermana al instante.

—¿Qué está ocurriendo, Thomas? —preguntó lady Rosamund al ver a su hermano todo alterado.

Él se acercó a su hermana discretamente, apartándola de lady Lidia por un momento.

—Necesito hablar contigo de inmediato, Rosamund.

Lady Rosamund, sorprendida por el tono urgente de su hermano, había logrado capturar toda su atención.

—Me estás asustando, Thomas. ¿Qué ha pasado?

—Lo he visto —susurró—. Lo he visto aquí esta noche, Rosamund.

Ella apoyó las manos sobre los hombros de su hermano para tranquilizarlo.

—¿A quién has visto, Thomas? —preguntó despacio.

—Al estafador —contestó él—. Al hombre que robó nuestro hogar. Él está aquí, en el baile. Lo he visto entre los invitados de la duquesa.

El temor se reflejó en los ojos de Lady Rosamund al escuchar lo que le acababa de decir su hermano. Sin perder un segundo, decidió tomar medidas al respecto.

—Debemos actuar con rapidez, Thomas —expresó—. Necesitamos encontrar a lord Marclow y avisarle sobre esta situación. No podemos permitir que el estafador se escape de nuevo.

—¿Qué está sucediendo, lady Rosamund? —quiso saber lady Lidia, al ver la preocupación en sus rostros.

Ella le contó lo que estaba sucediendo.

—Debemos ir a hablar con mi hermano —farfulló lady Lidia—.

Ese hombre no puede seguir saliéndose con la suya.

Lady Rosamund temía que el estafador escapara nuevamente si primero se enfocaban en buscar a Cam; por lo tanto, ideó un plan para evitar que eso sucediera.

—Debemos separarnos para buscar a Cam —dijo—. Yo me encargaré de vigilar a Turner para que no se nos escape.

—No creo que sea una buena idea, Rosa —se quejó su hermano.

—Solo lo vigilaré, Thomas —repuso lady Rosamund—. No podemos perder más tiempo.

—Iré por mi hermano —murmuró lady Lidia—. Tenga mucho cuidado, lady Rosamund.

—Lo tendré…

Thomas le advirtió a su hermana sobre el lugar donde había visto al impostor y le rogó que no hiciera una de sus locuras. Le pidió que esperara a su regreso con Cam para confrontarlo y capturarlo.

Mientras Thomas buscaba a Cam, lady Rosamund se embarcaba en la misión de ubicar al estafador entre la bulliciosa multitud de la fiesta de la duquesa. Ella se deslizó entre los invitados, sintiendo cómo la adrenalina recorría sus venas con cada paso. Se detuvo en seco cuando observó a Turner en el lugar indicado por su hermano. Era el mismo hombre que la había atacado cuando salía de la tienda de la modista.

Turner sacó el reloj de su bolsillo, se fijó la hora y comenzó a moverse. Ella lo siguió a través de los salones iluminados y los rincones oscuros del lujoso salón de baile. El hombre se movía con una sorprendente agilidad, evitando las miradas de los demás invitados mientras se dirigía hacia un área más apartada del salón. Lady Rosamund mantuvo su distancia, asegurándose de no ser descubierta mientras seguía al estafador con cautela.

Finalmente, Turner se detuvo en una esquina oscura y apartada, donde parecía estar esperando a alguien con una postura de guardia. Lady Rosamund se apresuró a ocultarse detrás de unas cortinas cercana. Desde su escondite, ella pudo ver al hombre intercambiar un breve gesto con otro individuo que se acercaba discretamente. Sus sospechas se confirmaron cuando vio a Turner entregarle un sobre a su cómplice, quien luego se alejó rápidamente entre la multitud.

Determinada a descubrir más, Lady Rosamund esperó a que el estafador estuviera solo nuevamente antes de moverse y salir de su escondite. Sabía que debía actuar con precaución para no llamar la

atención de Turner. ¿Qué era lo que él estaba tramando?

Lady Rosamund miró a su alrededor en busca de su hermano Thomas, pero no había señales de él ni de Cam. No podía seguir esperando. Decidió perseguir al estafador por su cuenta. Seguramente, regresaría a su escondite, ofreciéndole la oportunidad perfecta para buscar y recuperar las escrituras de su casa que el sinvergüenza le había arrebatado a su hermano.

Al salir del baile de la duquesa, se subió a un coche de alquiler y, con la ayuda del conductor, siguió discretamente al estafador a través de las calles oscuras de la ciudad.

Finalmente, el coche se detuvo frente a una elegante casa en una calle tranquila. Lady Rosamund esperó pacientemente dentro del coche, observando cómo el estafador entraba a su guarida. Consciente de que la oportunidad de recuperar las escrituras podría estar a su alcance, aguardó con paciencia hasta que las luces de la casa se apagaron y la noche envolvió silenciosamente la calle.

Lady Rosamund salió del coche y le pidió al chofer que la esperara. Luego, se acercó sigilosamente a la casa de Turner, esperando en las sombras hasta estar segura de que el hombre estaba profundamente dormido. Ella había visto a Turner sacar una llave debajo de la alfombra, y sonrió al verla en el mismo sitio. Abrió la puerta con cuidado y se adentró en la casa en busca de las escrituras que tanto deseaba recuperar.

Cada crujido del suelo bajo sus pies parecía resonar en la quietud de la noche mientras avanzaba cautelosamente por la casa, iluminada por la luz de la luna que ingresaba por la ventana. Finalmente, había encontrado una habitación que parecía ser el estudio del estafador. Giró el pomo y miró hacia sus espaldas cuando sonó un chirrido al abrir la puerta. Se aseguró de que Turner no se hubiera despertado antes de entrar.

Ella encendió una vela y, con la palmatoria en mano, comenzó a buscar entre los documentos y papeles dispersos en el escritorio, esperando hallar las preciadas escrituras que habían sido arrebatadas a su familia.

El corazón de Lady Rosamund latía con fuerza en su pecho mientras examinaba cada documento con cuidado, buscando desesperadamente el símbolo de propiedad que tanto ansiaba encontrar. Conforme escudriñaba los papeles, una sensación de

urgencia crecía en ella. Más que nunca, sentía la necesidad de alejarse de Londres, de apartarse de Cam Marclow. Él despertaba en ella emociones que no sabía cómo manejar. Decidió que cuanto antes regresara a su granja, sería mucho mejor.

CAPÍTULO 19

HABÍA revisado la mayor parte de los documentos que estaban sobre el escritorio; solo le faltaba hurgar el último cajón, que estaba cerrado bajo llave. Lady Rosamund tomó el abrecartas y forzó la cerradura del cajón. Al sacar la caja que había adentro, se detuvo antes de abrirla, sintiendo una extraña presencia en la habitación.

De repente, un sonido detrás de ella la hizo girarse bruscamente. Para su horror, se encontró cara a cara con el estafador, quien la había sorprendido mientras revisaba sus pertenencias.

—¿Qué cree que está haciendo aquí, milady? —preguntó Turner en un tono amenazador.

Lady Rosamund retrocedió instintivamente, pero rápidamente reunió coraje y lo enfrentó sin dejarse intimidar.

—He venido a recuperar lo que es legítimamente mío —contestó —. Las escrituras de mi casa, que usted le arrebató a mi hermano haciendo trampa en una partida de cartas.

El estafador la miró con una mezcla de lesividad y desdén, mientras la estudiaba de arriba abajo. Él la reconoció y una sonrisa maliciosa se formó en sus labios.

—Ah, así que esa es la razón por la que usted ha irrumpido en mi casa —se burló—. Lamento decepcionarla, milady, pero esas escrituras ya no están aquí. ¿Sabe? Soy más astuto que eso. Las he movido a un lugar seguro donde no podrá encontrarlas.

El corazón de Lady Rosamund se hundió ante las palabras del estafador, pero se negó a rendirse. Estaba decidida a luchar hasta su último aliento. Aunque sus piernas temblaban de miedo, estaba decidida a enfrentarlo. Por todos los dioses, tal vez pudiera escapar de las garras de ese despreciable hombre, pero no podría evitar la ira de Cam Marclow cuando se enterara de lo sucedido. En ese instante, lamentaba no haber escuchado a Cam cuando le advirtió que no enfrentara sola al sospechoso. Y lamentó no haberse reunido con él en el jardín de la duquesa. Su padre siempre le había dicho que su rebeldía la llevaría directo a su tumba.

—No me importa dónde la haya escondido —dijo lady Rosamund—. Haré todo lo posible para recuperarlas y asegurarme de que usted pague por sus acciones.

Ella había hecho un gran esfuerzo para mantener la compostura frente a él. Turner soltó una risa siniestra, saboreando su momentánea victoria mientras se acercaba amenazadoramente a Lady Rosamund. Ella dio un paso atrás, chocándose con el escritorio que tenía detrás.

—Puede intentarlo, milady, pero no tendrá éxito —musitó en un tono desagradable—. Reconozco que es valiente, pero se encuentra sola y en mi territorio. Esta es mi casa, y aquí, yo decido quién gana y quién pierde.

Lady Rosamund tragó saliva al sentirse acorralada. Extendió un brazo para alcanzar el afilado abrecartas y defenderse, pero Turner notó sus intenciones de inmediato y la obligó a sentarse en una de las sillas.

El estafador maniató a Lady Rosamund en la silla, asegurándose de que no pudiera escapar de su control. La miró con desprecio, revelando su retorcido plan con una sonrisa maliciosa en los labios.

—Las personas de su clase creen que pueden llevarse el mundo por delante y salirse con la suya —expuso él lleno de resentimiento—. ¿Sabe una cosa milady? Le demostraré que no siempre es así.

—¿Personas de mi clase? —repitió ella—. ¿De qué está hablando?

—Las personas con dinero…

—¡Por los clavos de cristo, mi familia no tiene dinero! Apenas sobrevivimos de la granja que usted se apoderó.

—Aunque no lo vea, usted me es mucho más valiosa de lo que piensa.

Ella parpadeó, sorprendida por la afirmación.

—¿Ah, sí?

—En los últimos días he notado que usted se ha convertido en algo importante para lord Marclow —explayó él.

—¿Yo? —respondió, arrugando la nariz—. No conocía a lord Marclow cuando usted le quitó la propiedad a mi hermano.

—Ni siquiera recuerdo a su hermano, milady —replicó Turner, con fastidio—. Solo me encargo de estafar a las personas con dinero.

—Mi hermano no tiene dinero —murmuró lady Rosamund.

—Él dijo que lo tenía —añadió Turner con indiferencia.

—Thomas le ha mentido.

—Ese no es mi problema, milady.

—Pero ahora lo sabe y debería soltarme —se quejó ella, mientras intentaba aflojar la soga que sujetaba sus manos.

—No la soltaré —se negó—. Ahora, Lady Rosamund, usted está en mi poder. Y le aseguro que la utilizaré como instrumento de mi venganza. Sé lo importante que es para Cam Marclow, y estoy seguro de que él aprenderá una valiosa lección por haberme despedido.

Lady Rosamund, sintiendo la urgencia de la situación, luchó contra las ataduras con todas sus fuerzas, pero era inútil. Sabía que estaba en una posición vulnerable, a merced del despiadado estafador que planeaba usarla como peón en su retorcido juego de venganza. El hombre estaba enceguecido por el odio, hasta el punto de decir que ella era importante para Cam.

—No importa lo que planee hacer, no permitiré que lastime a Cam ni a nadie más —lo enfrentó ella—. Estoy dispuesta a enfrentar todas las consecuencias, pero no le permitiré que le haga daño a las personas a quienes amo.

Lady Rosamund cerró la boca y se dio cuenta de lo que acababa de decir. ¿Acaso acababa de admitir que amaba a Cam?

Turner soltó una risa fría y despiadada, disfrutando del miedo que reflejaban los ojos de Lady Rosamund mientras seguía adelante con su siniestro plan de venganza. Él tenía a Lady Rosamund en sus manos, y estaba decidido a usarla para alcanzar su retorcido objetivo, sin importar las consecuencias.

CAPÍTULO 20

CAM MARCLOW se sentía un idiota por haber creído que lady Rosamund aparecería en el jardín de la duquesa. Después de haberla esperado un buen rato, había regresado a su casa en Mayfair. Estaba bebiendo un vaso de whisky cuando la puerta de su despacho se abrió en par en par. Thomas, el hermano de Lady Rosamund, irrumpió su tranquilidad. Estuvo a un paso de echarlo, pero notó la angustia reflejada en su rostro.

—¡Necesito su ayuda de inmediato, milord! —le pidió Thomas con la voz agitada—. Mi hermana ha desaparecido, y temo que haya seguido al estafador que robó su identidad.

Él se atragantó con el líquido ardiente y empezó a toser. Bajó los pies del taburete que tenía adelante del sillón y miró al barón confundido.

—¿Por qué demonios ella seguiría a mi ex empleado?

Thomas se secó la transpiración de la frente con el pañuelo que tenía en el bolsillo de su chaqueta.

—Porque lo vi en el baile de la duquesa y se lo hice saber —contestó.

Cam dejó la copa sobre la mesa que tenía a un costado y se levantó del sillón. Por su mente empezaron a cruzarse imágenes poco agradables.

—¿Qué quieres decir con que ha desaparecido? —cuestionó serio —. ¿Dónde fue la última vez que la viste?

—Ella desapareció en el baile de la duquesa —respondió el barón nervioso—. Habíamos quedado en que mientras yo lo buscaba, milord, para solicitar su ayuda, mi hermana solo se limitaría a observar a donde se dirigía el estafador.

Cam se pasó una mano por el pelo, visiblemente molesto.

—¿Y usted le creyó que ella se quedaría tranquila? Buen Dios, su hermana es la mujer más obstinada que he conocido en mi vida —rugió.

El barón dio un paso atrás ante el arrebato de Cam.

—Mi hermana suele ser impulsiva, milord, pero no es

imprudente —la defendió—. Lo busqué en el baile de la duquesa, pero no lo encontré y…

Antes de que el hermano de Lady Rosamund pudiera terminar de hablar, Jenkins, el mayordomo, entró en el despacho, sosteniendo una carta en sus manos.

—Milord, acabo de recibir esta carta para usted —entregó el sobre en las manos de Cam—. Parece ser de suma importancia.

Cam arrugó el entrecejo. ¿Quién le enviaría una nota a esa hora de la noche? De repente, su corazón empezó a latir con fuerza al imaginarse lo peor. Tomó la carta con ansiedad y la abrió apresuradamente, leyendo su contenido con rapidez mientras el hermano de Lady Rosamund esperaba con impaciencia.

—¡Maldita sea! —chilló Cam—. La carta la ha enviado Turner. Nos está pidiendo un rescate a cambio de la libertad de Lady Rosamund.

Cam arrugó la carta en un puño y la arrojó con desprecio a la basura.

El barón se sujetó la cabeza con las dos manos. Parecía que estaba a punto de tener un ataque.

—¿Un rescate? ¡Pero si nosotros no tenemos dinero! —exclamó —. ¿Cómo demonios vamos a pagar un rescate? Además, ¡ese bastardo se quedó con mi granja!

Cam sintió pena por el muchacho. El barón era un joven imprudente que apenas estaba saliendo del cascaron. Ahora comprendía la razón por la que lady Rosamund se había hecho cargo de su familia.

—No se preocupe por el dinero, Thomas —dijo para tranquilizarlo—. Turner está utilizando a su hermana para vengarse de mí.

—¿Por qué ese hombre utilizaría a mi hermana para vengarse de usted?

—No tengo la menor idea. Pero sí sé que esto no es en contra de ustedes, sino contra mí —repuso—. No permitiré que ese desgraciado se salga con la suya. Encontraremos a lady Rosamund, cueste lo que cueste.

CAPÍTULO 21

CAM había buscado la ayuda del vizconde Devontrille para poner fin de una vez por todas a las amenazas de Turner. Devon era un agente de la corona, y quién mejor que él para ayudar en esa situación. Juntos, planearon meticulosamente cada paso de su operación de rescate.

Con información precisa proporcionada por el Vizconde, Cam y un grupo de hombres de confianza se dirigieron hacia el escondite de Turner. Llegaron en silencio, preparados para enfrentar cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino. Por el bien de Turner, esperaba que no le hubiera hecho daño a lady Rosamund.

El vizconde Devontrille puso una mano sobre el hombro de Cam y dijo:

—Por nada del mundo caigas en las provocaciones de Turner.

—¿Por qué razón caería en sus provocaciones?

—Él te ha estado estudiando. Conoce tus puntos débiles. Sabía que lady Rosamund te importaba.

—Ella no me importa, bueno… sí, pero no de la manera en la que te imaginas.

Devon lo miró a los ojos por unos segundos y luego comenzó a reírse.

—No puedo creerlo…

—¿Qué cosa no puedes creer? —cuestionó Cam.

—Que te hayas enamorado.

—Yo no…

Devon le hizo un gesto para que guardara silencio cuando sus hombres le informaron que todo estaba listo para entrar. Al irrumpir en la casa, se encontraron con una escena tensa: el sinvergüenza sostenía a Lady Rosamund como rehén mientras exigía un rescate por su liberación.

Turner parecía sorprendido de que lo hubieran encontrado tan rápido.

—Si dan otro paso, la mataré —amenazó, presionando un abrecartas contra el cuello de lady Rosamund.

—Maldito idiota, se acabó tu juego —rugió Cam—. Ya no podrás seguir haciéndote pasar por mí.

—No se asuste, milord, si comienzan a lloverle denuncias por sus estafas —se mofó Turner.

—Sus estafas saldrán a la luz y nada de esto tendrá sentido.

—¡Nunca debió despedirme!

Lady Rosamund soltó un gritó cundo el filo del abrecartas rosó su piel.

—No digas una palabra más, Cam —intervino Devon.

—Si no me dejan ir, juro que la mataré.

—No es necesario llegar a ese extremo, hemos traído tu rescate. Suelta a la muchacha y te dejaremos ir —expuso el vizconde.

—¿Acaso creen que soy tan idiota?

Cam arrojó a un lado el bolso con dinero y joyas que Turner había pedido como rescate.

—Ahí tienes todo lo que pediste —dijo, luego miró a lady Rosamund y preguntó—: ¿Te ha hecho daño?

—No, no lo ha hecho —respondió ella—. Sabía que vendría, milord.

Turne le pidió a lady Rosamund que le alcanzara el bolso con el rescate. Cam aprovechó ese descuido de su ex empleado para lanzarse hacia él, ignorando las advertencias de Devon. Con un puñetazo, lo derribó al suelo, mientras el grupo de hombres que los acompañaban rodeaba al sinvergüenza, listos para tomar medidas si era necesario. Lograron someterlo y liberar a Lady Rosamund.

A pesar de que Turner ya no tenía escapatoria y solo le quedaban sus insultos y quejas, lady Rosamund dio su último golpe rompiendo uno de sus jarrones contra su cabeza.

—Y eso es por haberme quitado mi casa…

Cam sujetó a lady Rosamund por la cintura cuando ella trató de patear a Turner.

—Creo que él ya ha recibido su castigo —le susurró al oído.

—¿Castigo? ¡Nunca será suficiente! He vivido una pesadilla por culpa de ese hombre.

Cam hizo una seña a uno de sus hombres para que trajeran a

Thomas. Este se había quedado esperando en uno de los coches. Unos minutos después, el hermano de lady Rosamund apareció y ella corrió hacia él, abrazándolo.

—Todo a acabado, Thomas —murmuró ella—. La escritura de nuestra casa se encuentra en la caja fuerte. Él me lo confesó.

El barón le sostuvo el rostro entre sus manos y sonrió.

—Siempre resuelves mis desastres, Rosa —dijo—. Gracias.

—Solo te pido que no vuelvas a perderla en un partido de póker.

—Y tú no vuelvas a exponerte al peligro.

Cam cruzó los brazos y chaqueó la lengua.

—Parece que usted no conoce a su hermana, barón.

Lady Rosamund lo miró bruscamente.

—¿Qué intenta decir con eso?

—Que usted, milady, es una mujer que no acata órdenes de nadie.

Ella le ofreció una sonrisa coqueta que lo hizo sonrojarse por primera vez en su vida. ¿Qué demonios le pasaba?

—Eso es cierto, milord —hizo una pausa—. Gracias por venir a rescatarme.

—Le prometí que cuidaría de usted y eso fue lo que hice.

CAPÍTULO 22

EL BARÓN le había pedido a Cam que escoltara a su hermana hasta la residencia de la marquesa, porque debía declarar ante la policía lo que Turner le había hecho. Él estuvo de acuerdo. De hecho, lo hubiera hecho igual si Thomas no se lo hubiera pedido. Todavía su corazón seguía latiendo rápido por la adrenalina de lo que había sucedido. Además, los cómplices de Turner todavía seguían en libertad, lo que le preocupaba en cuanto a la seguridad de Lady Rosamund.

Él cerró la portezuela del coche y se sentó junto a lady Rosamund. Se quitó el abrigo y lo colocó sobre los hombros de ella.

—Parece que todo ha acabado… —comentó lady Rosamund.

—Usted y su hermano han recuperado su hogar —expresó—. Lo que tanto deseaban.

Ella sonrió, y él se olvidó de respirar.

—¿Se encuentra bien, milady? —preguntó preocupado—. Ha sido una experiencia realmente espantosa. Lamento que haya tenido que pasar por todo eso.

—Creo que recién ahora estoy cayendo en cuenta de lo que ha pasado —extendió los brazos hacia delante y las manos le temblaban —. No se preocupe, milord, estaré bien.

Cam tomó una de sus manos y la besó dulcemente.

—Me alegra escuchar eso, milady.

Lady Rosamund lo miró a los ojos.

—Si estoy bien, es gracias a usted, milord —dijo con una sonrisa cálida en los labios—. Mi hermano Thomas me contó todo lo que hizo para rescatarme. Nunca podré agradecerle lo suficiente por arriesgar su vida por mí.

De pronto, un calor intenso recorrió su cuerpo al escuchar las palabras de agradecimiento de Lady Rosamund. Desde el momento en que supo que estaba en peligro, había estado preocupado por su seguridad, y saber que ahora estaba a salvo le proporcionaba un gran alivio. Tenerla a su lado era todo lo que le importaba en ese momento.

—Haría cualquier cosa por usted, milady —giró su mano con ternura y depositó un beso en la parte interna de su muñeca—. Su

seguridad es mi prioridad.

Lady Rosamund sonrió tímidamente ante su gesto protector. Ella en ningún momento tuvo la intención de retirar su brazo y eso lo alentó a que continuara.

—Siempre estaré aquí para usted, Lady Rosamund —siguió él—. Si necesita algo, no dude en pedírmelo.

La respiración de ella se entrecortó.

—Creo… creo que su chofer se ha equivocado de camino —le avisó—. Por aquí no se va a la casa de la marquesa.

—El chofer no se ha equivocado de camino, milady —contestó—. Primero pasaremos por mi casa, pero si eso le molesta, le diré al chofer que cambie el recorrido.

Lady Rosamund lo miró en silencio por un momento, que a él le pareció una eternidad. Temió que ella le pidiera regresar a la casa de la marquesa. Necesitaba estar un momento a solas con ella, para besarla, acariciarla después del gran susto que se había llevado. Sabía que su madre estaría llena de preguntas y no les daría el espacio que necesitaban.

—No es necesario que haga eso, milord.

El alma le regresó al cuerpo.

—Cam, puede llamarme Cam, milady —le pidió.

Él acarició su mejilla, levantó su barbilla y rozó sus labios con los suyos.

—Cam… —susurró ella.

—¿Sí, milady? —respondió, con un tono travieso.

—¿Q-qué estamos haciendo? —inquirió, con voz temblorosa.

—Nos estamos dejando llevar, cariño —le susurró, juguetón, mordisqueando suavemente su barbilla—. No tengas miedo.

—Cam…

—¿Sí? —respondió, acercándose más.

—Me gustan… sus besos —confesó, con timidez.

CAPÍTULO 23

JENKINS, su mayordomo, lo miró sorprendido cuando vio llegar a Cam junto a lady Rosamund.

—Me alegra verla sana y salva, milady —comentó el mayordomo, mientras le quitaba la chaqueta de los hombros.

—Gracias, Jenkins.

—Lady Rosamund necesita descansar —mencionó Cam—. Avísale al resto de los empleados que no nos molesten.

El mayordomo lo miró ceñudo y luego dirigió su vista hacia lady Rosamund.

—¿La marquesa sabe que pasará la noche en la casa de su hijo?

—Jenkins, debería hacer lo que te he pedido —le advirtió Cam.

—Mi hermano vendrá a buscarme y regresaremos a nuestro hogar—respondió ella de igual modo.

¿Ella se iría de Londres? Su respuesta lo tomó por sorpresa. Sintió un ardor extraño en la boca del estómago. No había anticipado que ese día llegaría tan pronto, ni tampoco que la idea no le agradaría en absoluto.

—En ese caso, milady, le deseo mucha suerte en su nueva vida.

Ella le agradeció con una sonrisa. Jenkins asintió con la cabeza y se retiró. Cam esperó a que estuvieran solos para decir:

—Luce preciosa con ese vestido, milady.

Lady Rosamund se llevó las manos a las caderas y sonrió llena de picardía.

—A eso ya me lo dijo en el baile de la duquesa, milord.

Él acortó la distancia que había entre ambos, extendiendo un brazo para jugar con el collar de perlas que adornaba su cuello.

—Cam, me gusta cuando dices Cam —musitó, fijando su mirada en sus labios.

Ella se puso en puntitas, se inclinó hacia él y le susurró al oído:

—Cam…

Él la tomó en brazos, subió las escaleras y la llevó a su alcoba. La

tensión del día y la emoción del momento se palpaban en el aire mientras Cam ponía sus pies nuevamente sobre el suelo de la habitación sin dejar de besarla. Deslizó sus manos por su espalda y poco a poco fue desabotonándole el vestido, hasta que finalmente acabó en el piso como un bulto de tela. Su cuerpo solo estaba cubierto por una camisola fina que traslucía sus persones rosados. Él le impidió que se cubriera y contempló su belleza.

—Eres muy hermosa, cariño.

Lady Rosamund soltó un gemido cuando la mano de Cam se posó en su pecho, acariciando suavemente su pezón. Ella lo atrajo hacia sí sujetándolo de la camisa, luego lo ayudó a quitársela por la cabeza. Él se apoderó de su boca con fuerza, llevándola contra su cadera y haciéndola sentir la dureza de su miembro. Lady Rosamund tuvo que apoyarse en sus hombros cuando perdió el equilibrio.

—Cam… —murmuró ella con la voz ardiente.

La cercanía física hizo que la tensión que había existido entre ellos se intensificara aún más, como si finalmente estuvieran liberando todo lo que habían estado conteniendo.

—Te deseo más de lo que puedo expresar con palabras, cariño —susurró él.

—Y yo a ti, Cam —dijo ella con voz suave.

Cam sonrió la tomó en brazos y la depositó delicadamente sobre la cama. Se quitó las botas, luego los pantalones y los echó a un lado. Regresó a ella y el colchón se hundió por su peso. Le quitó las perlas de su cuello y le besó tiernamente. Lady Rosamund respondió impulsivamente; no con palabras, porque apenas podía hablar, más bien con su delicado cuerpo. Se retorció y arqueó bajo él, rodeándolo son sus brazos. Ella abrió grande los ojos cuando Cam acarició su sexo.

—Te gustará, cariño —la tranquilizó—. Tu solo disfruta.

Lady Rosamund cerró los ojos y se dejó llevar. Cam la acarició hasta que ella le rogó por una liberación que no sabía describir. Él luchó contra su deseo y trató de controlarlo para ser tierno para ella, pero su urgencia de poseerla era cada vez más intensa. Le separó los muslos y la cubrió con su cuerpo, sin poder resistirse más se hundió en ella. Se quedó inmóvil por unos segundos para que se adaptara a su tamaño.

—¿Te encuentras bien, cariño? —preguntó, con los músculos contraídos.

—Continúa… —le rogó ella.

Cam la besó y volvió a entrar en ella una y otra vez. El tiempo se detuvo mientras se perdían en el éxtasis, entregándose completamente el uno al otro. La habitación se llenó con sus suspiros entrelazados y el palpitar acelerado de sus corazones, mientras se dejaban llevar por la intensidad del deseo.

Cuando finalmente se separaron, sus miradas se encontraron con una mezcla de sorpresa y satisfacción, como si hubieran descubierto algo nuevo y emocionante en el otro. En ese momento, se dieron cuenta de que lo que habían compartido había cruzado una línea de peligro.

CAPÍTULO 24

DESPUÉS de haber compartido un momento íntimo y apasionado, lady Rosamund apoyó la cabeza contra el pecho de Cam y él la rodeó con sus fuertes brazos, haciéndola sentir segura. En ese momento, quería aferrarse a esa sensación, sabiendo que al día siguiente volvería a su vida anterior. Habían guardado silencio y disfrutaban del placer de ese contacto.

Cam puso un dedo debajo de su mentón y le alzó el rostro, se inclinó hacia ella y le dio un beso suave en los labios, luego la miró con ternura a los ojos y dijo:

—Sé que estás circunstancias no son las ideales y que lo que hemos compartido cambiará nuestras vidas de manera irrevocable, sobre todo la tuya, cariño —expuso—. Pero quiero que sepas que estoy aquí para ti, ahora y siempre. Puedo cuidarte y protegerte, ofrecerte todo lo que necesitas y más.

Lady Rosamund ocultó su rostro contra el pecho de Cam y sonrió. Sus ojos reflejaban la vulnerabilidad que sentía en ese momento. Tenía razón al decir que su vida no volvería a ser igual, porque llevaría consigo esa noche para siempre.

—No sé qué decir, Cam —repuso ella—. No esperaba que las cosas tomaran este rumbo, pero no me arrepiento de lo que ha pasado entre nosotros.

Cam deslizó su mano por su espalda hasta su muslo y se lo apretó.

—Tampoco me arrepiento de esto, cariño.

Lady Rosamund echó la cabeza hacia atrás y soltó una risita.

—A eso nunca lo puse en duda, lord Marclow.

Cam le llevó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Me gustas cuando ríes —dijo en un tono seductor.

Sus mejillas se encendieron por un rubor inesperado. No estaba acostumbrada a recibir cumplidos, y mucho menos de la persona de la cual se había enamorado. Tragó saliva. ¿Ella se había enamorado?

De repente, el seductor hombre que tenía a su lado había cambiado la expresión de su rostro, endureciéndola.

—Quiero que sepas que sé que no soy el esposo ideal —empezó diciendo él—. Como segundo hijo, no tengo la responsabilidad de traer un heredero ni de cumplir con las expectativas de la sociedad y esa es la razón por la que nunca estuvo en mis planes casarme. Pero te ofrezco mi corazón y mi compromiso de cuidarte y amarte con todo lo que soy. Es lo mínimo que puedo hacer por ti después de que hayas perdido tu virtud.

¿Era lo mínimo que podía hacer? ¿Acaso la veía solo como una responsabilidad? Ser deseada no era igual a ser amada. Y Cam solo la había deseado. Lo que él le ofrecía eran migajas. Migajas que le entregaría a la próxima mujer que deseara. Ella se apartó de Cam y lo miró fijamente a los ojos.

—¿Quieres que me convierta en tu querida? —preguntó despacio.

—Te aseguro que a mi lado nada te faltará. Pero tendrías que quedarte en Londres. No podría pasar tanto tiempo sin ti —alejó la mano cuando él quiso sujetársela—. Tendrías tu propia casa y todo lo que quieras. ¿Por qué me miras de esa forma? ¿No me crees? Si no me crees, mañana mismo podríamos pasar por mi notario y haríamos un contrato donde detallaría que todo lo que recibas será tuyo.

Un nudo se formó en su garganta. Él le pedía que se convirtiera en su juguete de turno. Lady Rosamund se sintió herida por las palabras de Cam. Con el corazón lleno de indignación, se levantó de la cama y comenzó a vestirse rápidamente, ignorando por completo las protestas de Cam.

—No puedo creer que me haya sugerido que me convierta en su querida, milord—murmuró en un tono frío y distante—. ¿Realmente piensa tan poco de mí como para ofrecerme ser su entretenimiento de turno? ¿Sabe? Me doy cuenta de que lo que ha pasado entre nosotros ha sido un error, y no volverá a repetirse. ¡¿Por qué tuvo que arruinar este momento?! —exclamó, arrojándole una bota.

Sus palabras resonaron en la habitación, cargadas de decepción.

—Solo quería regresar a mi antigua vida con un grato recuerdo de lo que había pasado esta noche —continuó ella con la voz quebrada—. ¿Sabe? Ya no preciso de su ayuda, milord.

—Mi intención no era ofenderte, cariño —le explicó Cam, a la vez que trataba de ponerse sus pantalones.

—¡Mis padres no me educaron para convertirme en la querida de nadie! —chilló, al tiempo que se abrochaba el vestido, sin dejar de arrojarle cosas a Cam.

—Lo sé, cielo, pero eso es lo máximo que puedo ofrecerte —repuso, mientras agarraba en el aire su otra bota—, y nunca lo he hecho con nadie.

Lady Rosamund apartó a Cam de un empujón cuando trató de abrazarla.

—¿Qué estás haciendo, cariño? —inquirió él, confundido.

—Regresaré a la casa de la marquesa hasta que mi hermano venga por mí —contestó—. ¡Y no te atrevas a detenerme!

—Durante este tiempo, he aprendido que contradecirte no vale la pena; por lo tanto, no insistiré —dijo Cam, enfadado—. Te daré tu espacio, y espero que recapacites sobre mi oferta. Sé que también has sentido la conexión que existe entre los dos.

Lady Rosamund lo miró en silencio por un momento y luego salió de la habitación, dejando atrás cualquier rastro de lo que había pasado entre ellos. Aunque su corazón aún latía con dolor.

CAPÍTULO 25

CAM MARCLOW había estado seguro de que lady Rosamund no iba a rechazar su propuesta. La conexión que existía entre los dos era real y ambos lo sabían. Él la había dejado marchar la noche en que habían hecho el amor para darle su tiempo para recapacitar. Pero lady Rosamund simplemente se marchó al día siguiente. Nunca antes le había propuesto a una mujer lo que le había ofrecido a ella. No había nacido con el peso del matrimonio; eso había recaído en Henri, su hermano mayor. Cam había decidido forjar su propio camino, buscando diferenciarse del marqués, y parte de ello incluía amasar su fortuna sin necesidad de contraer matrimonio.

Él se cruzó con su hermano Henri en el vestíbulo cuando ingresó a la casa de la marquesa viuda.

—Me has ahorrado el viaje de ir a tu casa para ver cómo estabas —comentó el marqués mientras se ponía la capa en los hombros.

Henri siempre actuaba como si no supiera nada de su vida, pero Cam sabía que estaba al tanto de cada detalle. Se movía en las sombras para asegurarse de que estuviera bien. No era tonto; muchas veces había visto a los hombres del marqués en su club vigilándolo. Al principio solía enfadarse, pero finalmente comprendió que era la forma en que su hermano tenía de protegerlo, así que optó por hacerse el desentendido. Estaba al tanto de que había sido el marqués quien había capturado a los secuaces de Turner.

——Todavía en una pieza —respondió Cam, entregándole su sombrero al mayordomo.

—¿Cómo van las cosas en el club? —preguntó Henri, como si fuese al azar.

—Estupendamente...

De hecho, estaba orgulloso de lo que había construido. Había logrado labrar su propio nombre sin vivir a la sombra de su hermano.

—Bien, seguimos en contacto… —asintió el marqués fríamente antes de marcharse.

Si ha Cam le contada demostrar sus sentimientos, a Henri mucho más. Era una tarea imposible saber cómo se sentía. De pequeño, ni siquiera recordaba haberlo visto llorar. Sus decisiones siempre eran frías y calculadas, dirigidas hacia el honor y lo correcto. Tanto Cam

como Lidia habían tenido que lidiar con un hermano sobreprotector que había intentado ocupar el lugar de padre en vez de ser un compañero de camaradería.

Cam ingresó a la sala donde se hallaba su madre tomando el té. Ella sonrió cuando lo vio aparecer.

—Has venido justo a tiempo, querido —dijo sirviendo té en otra taza—. Comparte un momento con tu madre.

Él se acercó de una zancada y tomó asiento frente a ella.

—No tengo mucho tiempo, he venido a decirle a mis hombres que ya pueden regresar al club —explicó—. ¿O prefieres que sigan cuidando de tu seguridad?

—Por supuesto que no, querido —murmuró, alcanzándole la taza —. El peligro ya ha pasado.

Cam bebió un sorbo de té y luego apoyó la taza en su regazo.

—Lamento que hayas tenido que pasar por todo esto, madre.

—No te preocupes por eso, querido. Solo lamento que lady Rosamund se haya tenido que ir tan pronto.

Ella se había ido porque así lo había querido.

—Tú también la debes extrañar, ¿verdad?

«Demasiado para su gusto», pensó él.

—La muchacha eras demasiada tozuda para mi gusto.

—¿Ah, sí? Porque parece todo lo contrario. Desde que lady Rosamund se ha ido ya no eres el mismo; te ves triste y…

—Madre… —la interrumpió él.

—Cam, hijo, es hora de que enfrentes la realidad —dijo la marquesa con firmeza—. Estás enamorado de Lady Rosamund, y has sido un completo tonto al dejarla ir. Ella es una mujer excepcional, noble y valiente, y serías afortunado de tenerla a tu lado.

¿Enamorado? Él no se enamoraba, solo sentía atracción, deseo, no más que eso. Pero de pronto, reflexionó sobre lo que su madre le decía. ¿Era posible que estuviera enamorado? Por primera vez, comenzó a reconocer la profundidad de sus sentimientos por Lady Rosamund y la importancia que tenía en su vida.

—No puedo negar que siento algo por Lady Rosamund —admitió—. Pero ella fue la que decidió irse. Le pedí que se quedara y ella rechazó mi propuesta.

La marquesa abrió grandes sus ojos azules.

—¿Le has pedido matrimonio? —preguntó entusiasmada.

Él se aclaró la garganta y aflojó el pañuelo del cuello.

—Le pedí que fuera mi querida.

Su madre escupió el trozo de bizcocho que acababa de meterse en la boca.

—¿Qué has hecho, muchacho estúpido?

De pronto, Cam volvió a sentirse como un chiquillo reprendido por su madre.

—Le pedí que se convirtiera en mi querida —repitió—. Sabes muy bien que siempre he dicho que no me casaría —se defendió de sus acciones.

—Y yo que creí haber criado a hijos más inteligentes —replicó la marquesa, molesta—. Lady Rosamund no solo debió marcharse, debió darte un golpe en la cabeza. Por favor, dime que eso fue lo que ha hecho la muchacha.

—Madre… ¿cómo puedes decirme eso?

—¿Cómo puedes ser tan tonto de pedirle a la mujer que amas que se convierta en tu querida? —cuestionó la marquesa—. Y más por la tontería de querer ser diferente por ser el segundo hijo. Tanto tu padre, que en paz descanse, como yo, te hemos amado a ti como a tus hermanos por iguales. Nuca les hemos demostrado diferencias. Lo que difiere son sus responsabilidades.

Que su madre expusiera sus pensamientos lo hizo sentir como un idiota.

—No solo es eso, madre —repuso, rascándose la nuca.

—¿Ah, no? ¿Puedo saber cuáles son tus otros motivos?

Buen Dios, él no sabía que responder. Se levantó de la silla con torpeza y se dirigió a la ventana. Se había dejado cegar por querer ser diferente a su hermano a cualquier costo, incluso dejando ir a la mujer que amaba. Se volteó de golpe hacia su madre y dijo:

—¿Cómo puedo pedirle a lady Rosamund que vuelva después de lo que le ofrecí? ¿No sería injusto para ella? —dijo, sintiendo el peso

de su error.

La Marquesa sonrió con ternura.

—Querido, el amor no siempre sigue un camino recto y claro. Cometiste un error al ofrecerle ser tu querida, pero eso no significa que no puedas rectificarlo —le explicó—. Eres un buen hombre, un buen hijo, y serías un buen marido para Lady Rosamund. Demuéstrale tu amor y tu arrepentimiento, y sé valiente para luchar por ella.

Cam Marclow asintió, sintiendo una esperanza renovada en su corazón. Sabía que tenía que corregir sus errores y luchar por el amor que había dejado escapar.

—Gracias, madre. Haré todo lo posible para enmendar mi estupidez y recuperar a Lady Rosamund —dijo decidido—. Ella significa todo para mí, y no voy a dejarla ir fácilmente.

La marquesa suspiró y miró al techo, con las manos en súplicas.

—Gracias, Dios, por dejarme ver a uno de mis hijos felizmente casado.

Cam meneó la cabeza y sonrió al ver lo lejos que habían llegado los pensamientos de su madre.

—Todavía no sé si lady Rosamund me perdonará.

—Cariño, eres un Marclow. Y nada es imposible para los Marclow —bebió un sorbo de té y luego añadió—: Además, la muchacha también te ama.

Que la marquesa le dijera que lady Rosamund lo amaba hizo que su corazón explotara de emociones. Cam Marclow se dispuso a buscar a Lady Rosamund y demostrarle con acciones que estaba dispuesto a luchar por su amor y convertirla en su esposa.

CAPÍTULO 26

LADY ROSAMUND caminaba por el campo, sumida en sus pensamientos mientras el viento acariciaba su rostro y el suave murmullo de la naturaleza la rodeaba. A pesar de haber recuperado su casa familiar, un sentimiento de tristeza la embargaba, como una sombra que se aferraba a su corazón. Cada paso que daba parecía llevarla más lejos de sus preocupaciones, permitiéndole encontrar un momento de paz. Una paz que Cam Marclow le había robado. Era consciente de que le llevaría algún tiempo olvidarlo. De hecho, se preguntaba si podría olvidarlo alguna vez.

Respiró hondo para llenar sus pulmones de aire fresco y renovador. A medida que avanzaba por el campo, Lady Rosamund se permitió sentir todas las emociones que la invadían: la tristeza por un amor que no había sido, la incertidumbre por el futuro y, a pesar de todo, una chispa de esperanza aún brillaba en su interior. Sabía que todavía tenía un largo camino por delante, pero además sabía que era lo suficientemente fuerte como para enfrentar lo que fuera que el destino le deparara.

Lady Rosamund se acercó al establo, decidida a domar al nuevo caballo salvaje que habían traído. Observó al majestuoso animal con cautela, reconociendo que sería todo un desafío. Se aproximó al caballo, extendiendo la mano con suavidad para tranquilizarlo.

—El caballo todavía no está listo para ser domado, milady —comentó uno de los mozos de cuadra.

El caballo relinchó y pateó nerviosamente, mostrando su naturaleza indómita y salvaje.

—Él solo está asustado… —respondió. Se acercó un poco más hablándole dulcemente—. No te haré daño —susurró.

—El barón nos pidió que nos deshiciéramos del animal porque sería un gasto innecesario para la granja.

Ella se volteó rápidamente hacia el mozo de cuadra.

—No harán tal cosa —dijo, moleta—. No podemos desecharlo así de fácil.

Sabía lo que significaba el desprecio en carne propia. Además, Thomas no tenía noción de cómo se debía manejar una granja. Desde que habían recuperado su hogar, su hermano se había involucrado en

cada asunto, pensando que así remediaría lo que había hecho. Le gustaba que finalmente estuviera más pendiente de la granja, pero no podía justificar sus errores.

—Milady, entiendo que le haya tomado cariño al animal, pero no podemos costear su comida si no nos sirve —insistió el mozo de cuadra.

—Yo me ocuparé de su comida —declaró—. Y si en un mes no consigo un avance, entonces haz lo que Thomas te ha dicho.

El mozo de cuadra terminó accediendo y se retiró del establo.

Al día siguiente, Lady Rosamund comenzó a trabajar con el caballo, utilizando movimientos suaves y tranquilizadores para ganar su confianza. Después de varios intentos, ella había logrado montarlo. Sin embargo, el caballo respondió con resistencia, sacudiendo la cabeza y pisoteando el suelo con fuerza. En un momento de descuido, el caballo dio un brusco giro y lanzó a Lady Rosamund al suelo, cubriéndola de lodo.

Lady Rosamund se levantó de golpe, sintiendo el barro pegajoso en su ropa y su piel. Aunque herida y sucia, no se dejó vencer por el desafío. Volvió a acercarse al caballo, decidida a no rendirse hasta haber logrado domarlo. Sus empleados empezaron a acercarse al cerco y comenzaron a hacer apuesta sobre cuánto tiempo podía durar. Parecía que ellos aún no la conocían del todo.

Cuando sufrió otra caída, su hermano Thomas se apareció, entrando al recinto con una actitud molesta y exigiéndole que abandonara lo que estaba haciendo. Luego, les ordenó a sus empleados que regresaran a su trabajo. Lady Rosamund apartó el pelo de su frente y cruzó los brazos en actitud desafiante.

—¿Qué diablos pasa contigo, Thomas? —cuestionó.

—¿Qué pasa conmigo? Estoy tratando de cumplir con mi responsabilidad como el cabeza de esta familia. Y tú deberías hacer lo mismo, Rosa —masculló el barón.

—¿Qué debería hacer lo mismo? —repitió, visiblemente desencajada.

Thomas señaló su aspecto.

—Eres una dama y no puedes comportarte como una salvaje —repuso—. Y mucho menos ahora que…

—¿Mucho menos ahora que qué, Thomas? —lo interrumpió ella.

—Que debo ocuparme de encontrarte un marido.

Lady Rosamund fingió una divertida sonrisa, se agachó, tomó un puñado de lodo y se lo arrojó a su hermano.

—¡Te has vuelto loca, Rosa! —gruñó él, limpiándose la ropa.

—Así será como recibiré a los pretendientes que me traigas —le advirtió—. No tienes ningún derecho a meterte en mi vida.

—Ya deberías estar casada, Rosa —expuso el barón—. Y conseguirte un esposo es mi deber.

Thomas saltó la valla y empezó a correr cuando la vio coger más lodo del suelo. ¡Su hermano era un idiota! Después de todo lo que habían pasado para recuperar su hogar, ¿él pretendía echarla ahora? Sacudió la cabeza, furiosa. Respiró hondo para calmarse y volvió a concentrarse en el caballo.

Con cada intento, con cada caída, Lady Rosamund aprendió más sobre el comportamiento del caballo y ajustó su enfoque en consecuencia. Después de horas de paciencia y perseverancia, finalmente había logrado ganarse la confianza del caballo y domarlo con éxito.

Lady Rosamund había conseguido montar el caballo sin que él la tirara, manteniéndose firme en la silla. Se inclinó hacia delante y le susurró al oído:

—Bien hecho, amigo…

Regresó al establo con una sonrisa triunfante en su rostro. A pesar de los desafíos, había demostrado su habilidad como amazona y, sobre todo, se había demostrado a sí misma que podía conseguir lo que se propusiera. Si Thomas persistía en su locura de buscarle un esposo, ella retomaría su identidad como Robert Davies y buscaría trabajo como domadora de caballos. Sí, estaba decidida.

CAPÍTULO 27

LADY ROSAMUND había regresado al establo, cubierta de lodo pero con una sonrisa de satisfacción en el rostro por haber logrado domar al caballo salvaje. Se desmontó con cuidado y sujetó al animal de la rienda para llevarlo a la cuadra. Luego, buscó una cubeta de agua y le ofreció una manzana como recompensa. Una risita escapó de sus labios al ver cómo el caballo respondía, sacudiendo el hocico como gesto de afecto.

Ella fue por otra manzana y se detuvo en seco al encontrar a Cam Marclow en la puerta del establo. De repente, su corazón pareció detenerse. Parpadeó repetidamente para asegurarse de que no estaba alucinando.

Cam se quitó el sombrero y dio un paso hacia delante.

—Lady Rosamund, ¿qué ha sucedido? ¿Se encuentra bien?

Ella observó sus manos manchadas de lodo y se dio cuenta de que debía lucir terrible. Se sintió avergonzada por su descuidado aspecto, pero al mismo tiempo recordó que no debería importarle cómo la viera él. Se llevó un mechón de cabello detrás de la oreja y puso los brazos en jarra.

—Sí, estoy bien —respondió con frialdad—. Solo tuve un pequeño percance mientras domaba a mi nuevo caballo.

Cam la miró con preocupación y luego esbozó una sonrisa llena de admiración.

—No me sorprende que hayas logrado domar a ese caballo con éxito —comentó.

Lady Rosamund se ruborizó ligeramente ante el elogio de Cam.

—Fue un desafío, pero ha valido la pena —hizo una pausa—. No seguiré fingiendo que no me sorprende verlo, milord. ¿Qué lo trae por aquí, lord Marclow? Londres se haya en la dirección contraria.

Cam bajó la mirada por un momento antes de responder con seriedad.

—He venido a disculparme, Lady Rosamund —respondió—. Me di cuenta de que cometí un error al sugerir lo que le sugerí la última vez que nos vimos. Fui egoísta, y lamento haberle causado cualquier angustia.

Ella se mordisqueó el labio inferior. Reconocía el esfuerzo que había hecho Cam para disculparse. Él era un hombre que había

labrado su propia fortuna con dureza y no debía estar acostumbrado a pedir disculpas. Sin embargo, no podía creer que él hubiera ido solo hasta allí a disculparse. Aunque disfrutaba de verlo otra vez, frunció el ceño. No debía permitir que la sedujera de nuevo.

—Aprecio su disculpa, Cam —dijo—. Entiendo que las cosas se complicaron entre nosotros, pero es mejor dejarlas en el pasado.

Cam acortó la distancia que los separaba, y ella se sintió derretir ante su tierna mirada. ¡Cáspita! No podía permitirse ser tan débil ante sus encantos. Pero cuando ella le indicó que no quería ser su querida, Cam la interrumpió.

—No, Lady Rosamund, no he venido a pedirle que sea mi querida.

—¿Ah, no? ¿Entonces a qué ha venido, milord? Si ha venido a… ya sabe qué… tal vez deba recordarle que en Londres existen cortesanas muy guapas y…

Cam la silenció cubriéndole la boca con una mano.

—He venido a pedirle que sea mi esposa. No quiero solo su compañía; quiero compartir mi vida contigo, en matrimonio.

Lady Rosamund lo miró con asombro, sorprendida por la inesperada declaración de Cam. Su corazón latía con fuerza mientras procesaba sus palabras. Él continuó confesando sus verdaderos sentimientos:

—Me he dado cuenta de que lo que siento por ti va más allá de una simple amistad o un vínculo casual —le sujetó una mano entre las suyas—. Te amo, cariño, y no puedo imaginarme mi vida sin ti. Quiero que seas mi esposa, que compartas cada momento conmigo.

Lady Rosamund no pudo contener las lágrimas que brotaban de sus ojos. Todo parecía un sueño.

—Pero si decides no perdonarme, lo entenderé, cariño —prosiguió él—. Tuve que perderte para darme cuenta de que te amo…

Esta vez, fue ella quien lo silencio cubriendo sus labios con los suyos.

—¿Eso es un sí? —masitó Cam, sujetándole el rostro entre sus manos.

—¡Sí! —exclamó ella entre risas—Acepto ser tu esposa.

La sonrisa que se había formado en el rostro de Cam reflejaba una mezcla de alivio y alegría. Él rodeó la cintura de Lady Rosamund

con los brazos y la apretó contra su pecho, sin importarle mancharse con lodo.

—Has hecho de este día el más feliz de mi vida, cariño —dijo él entre lágrimas.

ÉPILOGO

EL MARQUÉS MARCLOW observaba con orgullo a su hermano Cam, quien se encontraba radiante junto a Lady Rosamund, ahora convertida en su esposa. Como padrino de la boda, había sido testigo de la unión entre ambos y se sentía emocionado de ver a su hermano encontrar la felicidad con la mujer que amaba. Por supuesto, él antes había hecho investigar a lady Rosamund para asegurarse de que su hermano no cayera en las garras de una cazafortunas. Afortunadamente, su cuñada había salido ilesa de esa investigación.

Él se reclinó en la silla, apoyando una pierna sobre la rodilla contraria mientras daba un sorbo al vino. Mientras disfrutaba de la celebración, el marqués fue abordado por su madre, la marquesa viuda, quien se acercó con una sonrisa traviesa en los labios y tomó asiento a su lado.

—¿No es maravilloso ver a tu hermano tan feliz y enamorado? —comentó la marquesa viuda—. Realmente será un día para recordar. Finalmente, uno de mis hijos se ha casado.

El Marqués Marclow asintió con una sonrisa.

—Ya puedes morir en paz, madre —se burló él.

—Moriré en paz cuando tenga un nieto entre mis brazos —replicó ella—. Espero que entiendas la indirecta, querido.

—Perfectamente… —respondió Henri, dando un largo sorbo de vino.

—Cariño, no pretendo presionarte, pero sabes que tu deber es traer un heredero ¿verdad?

—Sé muy bien cuáles son mis responsabilidades, madre.

—¿En serio? A veces me asustas, pareces tan frío que me da la impresión que por tus venas no corre sangre.

—Tal vez olvidas que soy el Marqués Marclow y llevo la responsabilidad de mi familia sobre mis espaldas. Lamento que no puedas ver mis emociones, ¿pero acaso ese no es mi deber? ¿Cuidar de mi familia? —murmuró—. Creo que hasta el momento he cumplido muy bien mi papel.

—También debes cuidarte a ti mismo, Henri. Sería maravilloso verte encontrar a alguien especial y establecer tu propio hogar. Has

hecho un excelente trabajo desde que tu padre ya no está entre nosotros —ella acarició el rostro de su hijo y añadió—. Mereces ser feliz, cariño.

El Marqués rió suavemente, sintiendo el peso de la sugerencia de su madre. Aunque sabía que ella solo deseaba su felicidad, no estaba seguro de estar listo para dar el mismo paso que su hermano. Sin embargo, también era consciente de su responsabilidad de mantener el nombre de su familia, un deber que le había prometido a su padre antes de su fallecimiento.

—No te preocupes, madre. Cuando llegue el momento adecuado, consideraré seriamente tus palabras. Por ahora, estoy feliz de disfrutar de la felicidad de Cam y Lady Rosamund.

La Marquesa viuda dejó de insistir y se dirigió a buscar a su hermana Lidia, con la intención de convencerla de que rechazara el puesto de institutriz que había aceptado, algo que él no permitiría bajo ninguna circunstancia. Antes de permitir que su hermana partiera a Escocia, la obligaría a casarse. Terminó el vino de su copa de un solo trago.

El marqués devolvió la sonrisa a la dama que se encontraba en la mesa contigua. Ella lo llamó sugestivamente con su dedo índice, y él se levantó de su asiento para acercarse a ella.

Lo más divertido de las bodas era lo que venía después de la boda.